




AUTOPSIA

La revista de la ciudad muertecita

11.5





VIVA LA
VIRGEN DEL
PRADO



Imagen a partir de: *What are you looking at? Stencil by Banksy*, <http://www.flickr.com/photos/nolifebeforecoffee/124659356/>, CC-BY

EDITORIAL

Autopsia N°5 Noviembre 2009 D.L. CR-108-2008 ISSN: 1888-6280
Edita: Círculo de Bellas Artes de Ciudad Real, C/ Libertad 12, 13003; tel. 926 213440
sitio web: www.circulodebellasartes.org; e-mail: revista@circulodebellasartes.org
Imagen de portada: *Christmas ad for Daisy rifles, 1972*

En uno de sus *stencils* más conocidos, el popular graffitero británico Banksy dejaba escrito en una pared un mensaje dirigido a una cámara de vigilancia colocada a pocos metros: "WHAT ARE YOU LOOKING AT?". Desde que en Ciudad Real se anunciase la instalación de cámaras de vigilancia en diversos espacios públicos, en Autopsia hemos sufrido de la misma imperiosa curiosidad. No, en serio; ¿*qué están mirando?* ¿Se esconden en los armarios de nuestra bienpensante comunidad inquietantes regalos navideños? ¿Se avecina un ataque de zombies pandorgueros, a son de seguidilla? Algo se intuye, en el simbolismo de nuestros mecánicos observadores, del imposible anhelo de aprehender una presunta *identidad* local. Como una suerte de contribución a esta quijotada epistemológica municipal, valga este número 5 de su revista preferida, cuyos autores nos ofrecen algunas reflexiones sobre las identidades -ficticias, olvidadas, inventadas, destruidas o cercanas, amables y ominosas- de la ciudad, y sobre los mecanismos de control y vigilancia que se desarrollan en torno a las mismas. El lector sabrá perdonar el exceso de imaginería de videovigilancia, un guiño al hecho, descrito por Manuel Delgado, de que al vigilante también se le contempla, con indiferencia, con ironía, con misericordia y, a veces, con hostilidad.

El equipo de Autopsia



La Ciudad Muerta S.A.

GARMEN CIUDAD

¿Tienen memoria las ciudades?

p. 4.

MANUEL DELGADO

El ritornelo de Thomas Bernhard

p. 7

J. CARLOS SANZ

Los curiosos negociantes

p. 10

ÁNGEL ROMERA

Identidad y callejero

p. 12

ISIDRO SÁNCHEZ

El último general de la república

p. 15

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ ARIAS

Identidades propias y ajenas

p. 19

FERNANDO DOMÍNGUEZ

Historia primigenia de Ciudad Real

p. 21

KRISKROS

De la ciudad gulag a la ciudad orwelliana

p. 23

ALBERTO MUÑOZ Y GARMEN CIUDAD

Incivismo de altos vuelos:

p. 26

un extracto de 'La destrucción del legado urbanístico español, de Fernando Chueca

p. 34

p. 35

Goitia

Pasatiempos

Imagen: Carmen Ciudad. Los servicios municipales de limpieza eliminan los restos de cera que tras de sí ha dejado en la vía pública un paso procesional.

Carmen Ciudad
*Círculo de Bellas Artes de
Ciudad Real*
<http://meipi.org/mapeociudadreal>



Podemos pensar la ciudad también como un hecho colectivo conformado por una red de espacios públicos o semi-públicos, depositarios de una memoria colectiva y a los que se asocia la capacidad de identificación y apropiación ciudadana. La relación entre individuos y grupos con el entorno, en este caso la ciudad, no se reduce sólo a considerar este último como el marco físico donde se desarrollan las relaciones sociales sino que se traduce también en un verdadero "diálogo" simbólico en el cual el espacio transmite a los individuos unos determinados significados socialmente elaborados que éstos interpretan y reelaboran en un proceso de reconstrucción que enriquece a ambas partes. Esta relación dialogante constituye la base de la identidad social asociada al entorno, en este caso la ciudad; dicho de otro modo, la relación afectiva que los ciudadanos establecen con la ciudad le confiere su carácter particular al tiempo que les dota a ellos de sentido de pertenencia. Esta identidad está marcada por la filiación con el grupo y por los significados valorativos y emocionales asociados a él. Lo anterior implica una acentuación perceptiva de las semejanzas entre ellos y las diferencias con los demás, lo que propicia la adopción de los patrones de comportamiento del grupo con el que la persona se identifica.

Pero todo el modelo de integración y definición identitaria está en crisis, y probablemente la principal causa —en el momento presente— derive de los complejos procesos que supone la globalización en intersección con los procesos locales y viceversa, ya que en las ciudades "lo global se localiza y lo local se globaliza". Sin embargo encontramos en autores como Bauman que el deseo de identidad no es tanto una respuesta a los factores impre-

sos por la globalización, sino a la necesidad de perdurabilidad, de consistencia, de permanencia, ante la avalancha de un consumo que todo lo arrastra, por un lado, pero sobre todo debido a la desintegración de las tramas sociales en las que se propicia el no compromiso y el arte de la huida en una nueva forma de ejercer el poder; fragilidad, vulnerabilidad, transitoriedad, precariedad serían aspectos definitorios de las relaciones y vínculos sociales.

La ordenación del espacio en que habitamos está llena de significados que entrelazamos y asumimos a partir de un imaginario. Para entender mejor como funciona dicho imaginario Maffesoli considera que todos los aspectos de la vida social necesitan un simbolismo, un retorno a los valores arcaicos, de forma que lo imaginario aparece vinculado a la sensibilidad, es decir, a formas de coparticipación comunitaria promovidas por una actitud sentimental; los espacios para el florecimiento del mito y lo imaginario desde la emoción y no desde la razón. Para Castoriadis la identidad del individuo depende de la interiorización de dicho imaginario, imaginario que produce valores sociales, gustos, ideales, deseos y conductas en las personas y conduce a una red de representaciones que atraviesan el conjunto de lo social, lo unifican en cierta manera y le dan cohesión. Esta interiorización del imaginario será de gran importancia en tanto genera un sentimiento de pertenencia y reconocimiento de sus miembros.

bro. Sin embargo, en la sociedad posmoderna se supera la noción de identidad del sujeto consolidado por la modernidad para encontrar otras formas de socialidad que provocan la disolución de la identidad en un sentimiento vivencial de comunidad, de estar juntos. De manera que este concepto nos puede remitir a una nueva forma de entender el sentimiento de pertenencia tanto en la tribu o grupo, también en la ciudad.

En la ciudad muerta se deberán analizar cómo se están desarrollando los aspectos identitarios y de construcción del imaginario, de qué forma y en base a qué elementos se confecciona la construcción emotiva de la ciudad, por ejemplo, el hecho de no tener un patrimonio cultural relevante y el descuido ante el escaso que se conserva y también la gestión de nostalgias arquitectónicas que se pueden ver en sitios públicos o semipúblicos, como bares o en páginas web, en donde se miran una y otra vez las fotos de una ciudad fantasma, desaparecida; el *revival* de recreación rural nostálgica en las rotondas de la ciudad, al mismo tiempo que se puede constatar cierta toponegligencia o falta de arraigo y sentido de pertenencia con los espacios en los que se habita por falta de identificación con los mismos. O en lo referente a los hechos del pasado, prácticamente no existe ninguna conmemoración que no sea de trasfondo narrativo-religioso, o su inverso, como el carnaval, no existiendo hechos civiles

conmemorados por la ciudad. No es de recibo mencionar la utilización del *Quijote* por excéntrica y puramente en la línea de *La conjura de los necios*, pero sí la banalización de los saberes en la ciudad muerta, disueltos en fuego de artificio, con tal de no afrontar un átomo de diálogo y participación ciudadana.



Imaginarios inducidos por el poder, no elaborados por la acción y la narración en común, con una ideología determinada que favorece a ciertas clases en detrimento de la mayoría; que silencia en tanto no libera a la mitad de su población en sutiles roles, dietas, masajes, moda; que financia desequilibradamente, de forma descompensada, pan y circo, y se financia la catarsis, necesaria pero insuficiente, pero no lo que haga pensar, crecer y madurar como sociedad. Por no hablar sobre la obsesión en la ciudad muerta por el orden, la seguridad y la limpieza, necesarios pero no suficientes, en detrimento de la cultura, la lectura y la formación; bueno para comer, pero no bueno para pensar. El no facilitar la participación en una "política de la proximidad", ocuparse del barrio, de la calle en la que se vive, en la organización de la vida local, buscando la mayor integración posible entre los distintos miembros y sectores, en lugar de una organización local próxima a un consejo de administración, con un discurso explícito de eficacia y profesionalidad y a la vez lejano a los entretenidos consumidores y contribuyentes; la ciudad naturalizada como una

empresa o una Sociedad Anónima; sistema que por otra parte a nivel global finalmente ha devenido en inoperante y pernicioso y al final sostenido y reflotado por todos. La exploración de estos y otros asuntos relacionados devendrá por tanto en un hecho indispensable para el entendimiento de las relaciones sociales en la ciudad, en las relaciones de la gente en la vida cotidiana y en la manera de encarar los problemas de cara al futuro.

Pero la ciudad muerta tiene sus espacios intersticiales por los que se escapa el discurso imperante y en los que la gente opta por una autonomía y otra forma de entender y fabricarse la vida. Termino con las palabras de Manuel Delgado

... la ciudad dramatiza, así pues, el contencioso interminable entre dos modelos de sociedad urbana. Uno es el que encarna la ciudad burguesa, habitada idealmente y en exclusiva por una clase media autosatisfecha que detesta el conflicto; es más, que no lo concibe. Una ciudad que se amolda dócil a los requerimientos de la fase de desarrollo capitalista en que se encuentra en cada momento y se muestra dispuesta a incorporarse a las grandes dinámicas de modernización urbana. Del otro lado, al otro lado del río, los explotados y los excluidos; los proletarios de ayer y aunque no se les reconozca tal categoría de hoy; las viejas y las nuevas clases peligrosas. Ahí está la ciudad de los descontentos, de los pobres., de los ingobernables y de los antagonistas de clase, de género, de etnia, de edad..., todos ellos capaces de generar formas genuinas de cultura, es decir, de formas de hacer basadas en un uso intensivo de la calle y la plaza, tanto en condiciones ordinarias la vida cotidiana como excepcionales la fiesta o la revuelta. Chocan dos maneras de ocupar el espacio urbano, dos formas de entenderlo, de interpretarlo, de apropiarse de él. Y, de acuerdo con esta incompatibilidad, dos acepciones del habitante y del usuario: la una centrada en la figura abstracta del ciudadano, individuo presuntamente libre e igual poseído por un amor cívico que se traduce en una conducta adecuada, un espíritu de compromiso con la buena marcha de la ciudad,

ávido por colaborar con las autoridades. De la otra, lo que desde las esferas de poder se percibe como una masa permanentemente inquieta e inquietante, compuesta por unas clases o sectores dispuestos en todo momento a convertir su espacio de vida en espacio de lucha y que, a la mínima, pasan a encarnar la temida vieja figura de la chusma o la turba. ■

Bibliografía:

Bauman, Zygmunt, 2003: *Modernidad líquida*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México DF.

Castoriadis, Cornelius, 1983, 1989: *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. I: Marxismo y teoría revolucionaria, Vol. II: El imaginario social y la institución*, Barcelona, Tusquets.

Delgado, Manuel, 2006: "La ciudad levantada. La barricada y otras transformaciones radicales del espacio urbano". Conferencia en el Foro Cívicas Nova, Albacete. Otros artículos en <http://manueldelgado-ruiz.blogspot.com/>.

Maffesoli, Michel, 2003: *El imaginario social*, *Anthropos*, nº 198, pp. 149-153.



Imagen: Carmen Ciudad



¿Tienen memoria las ciudades?

Manuel Delgado Ruiz
Profesor titular de Antropología de las religiones, Universidad de Barcelona.
<http://manueldelgado.com/>

¿Tienen memoria las ciudades? La respuesta es: no. No existe una memoria urbana. Existen memorias urbanas, o, en cualquier caso una memoria al mismo tiempo coral y diseminada, una polifonía de pasos que sigue todo tipo de rastros en todas direcciones y a toda hora, un único mecanismo interactivo que manipula los mismos elementos cronológicos y topográficos de una forma infinitamente diversa. Ante el engrudo de evocaciones múltiples que conforman la memoria urbana, la memoria política opera de forma similar a como lo hacen otras formas de memoria. Los grandes teóricos pragmáticos del recuerdo —G.H. Mead y Henri Bergson—, y los epistemólogos constructivistas después, han distinguido dos tipos de memoria: una memoria en sucio, por así decirlo, constituida por la totalidad almacenada de evocaciones posibles, y otra memoria extremadamente selectiva, que escoge entre todas las imágenes del pasado disponibles, entre todas las historias posibles, aquéllas que mejor se adecuan a los intereses prácticos del presente.

Esta última memoria —una memoria de segundo orden, en realidad— es sobre todo memoria viable, memoria en acto, memoria destinada a dotar de congruencia una acción que se presupone orientada hacia objetivos, entre los cuales destaca el de dotar de sentido y legitimidad el presente o atenuar las dosis de incertidumbre que oscurecen el porve-

nir. Dicho de otra manera, no es el presente lo que resulta del pasado, sino —como muy bien intuyera George Orwell— el pasado conmemorado, monumentalizado, enaltecido, etc., lo que resulta de las contingencias prácticas del presente y de las metas a alcanzar en un futuro, siempre según la versión, no hay que decirlo, de quienes controlen en cada momento los medios de producción del significado. La vieja memoria comunitaria y la memoria política imitan en el plano simbólico lo que hacen la memoria específica que fija genéticamente la conducta de los animales, o la memoria cultural, que garantiza la transmisión de las tecnologías humanas: escogen sus contenidos en función de unos movimientos intencionales y de unos intereses que, por definición, no se contemplan que puedan ser ni contradictorios ni indeterminadamente diversos.

Esta memoria de segundo orden es también una colosal máquina de olvidar, un extraordinario dispositivo amnésico, que borra todos aquellos elementos que pudieran considerarse superfluos, disfuncionales o contraindicados en relación con las metas ideológicas a alcanzar. Se trata de la construcción afectual, simbólica y escenográfica de una filiación identitaria, sólo relativamente distinta de aquélla que se propiciara desde el viejo nacionalismo decimonónico, a base de lo que Hobsbawm llamó la «invención de tradiciones». La finalidad continúa siendo la misma: salvar en la medida de lo posible un principio de agrupación social

unitaria y cálida, inviable por la acción de fuerzas igualmente poderosas, aunque contradictorias –globalización y desintegración de las experiencias–, con las que el proceso de modernización amenaza con liquidar los restos de cualquier comunismo. Esta identidad compartida al servicio de la politización de los territorios –otrora las naciones, hoy las ciudades– sólo es posible obedeciendo una pauta paradójica: negación absoluta de lo que se es en realidad, supresión de raíz de todo recuerdo impertinente o inútil en orden a producir una cultura urbana homogénea y una mística de la ciudad. Porque implican un propósito pedagógico, destinado a dirigir la percepción y su tratamiento mental para el vecino y el transeúnte, la arquitectura y el diseño urbanos actuales están en gran medida consagrados, hoy, a hacer aprender de memoria un determinado orden del pasado, una gramática estandarizada y unificada que

exige la desmemoria, o cuanto menos la devaluación, de todos los dialectos con los que se había venido enunciando la multiplicidad de historias moleculares.

Y es que todo orden estructural, cualquier organicidad –como la que se exige que detenten oficialmente hoy las ciudades– exige inexcusablemente una «memoria». No es que tenga una historia, sino que afirma ser esa historia. Toda pretendida reducción a la unidad, en otras palabras, toda presunta identidad, aparezca ésta bajo argumentaciones nacionales, étnicas, culturales o, como en nuestro caso, ciudadanas, requiere beneficiarse de la misma ilusión que supone una «historia natural», entendida como una memoria de los sistemas vivos. Porque el orden político quiere hacerle creer a todo el mundo su propia alucinación de una ciudad plenamente orgánica y desconflictivizada, requiere inventar y publicitar este principio de identidad que no puede resultar más que de esconder la dimensión perpetuamente alterada del universo que administra. En los palacios gubernamentales hay quien piensa que gobierna, pero su reino es una interminable red de corredores, cloacas y cañerías siempre en laberinto, por los que se agita una sustancia extraña y viscosa. Cree que su dominio es una población e incluso, en el mejor de los casos, un pueblo, pero en realidad es un océano abisal, desde el que, entre espasmos, seres sin rostro le contemplan con indiferencia, con ironía, con misericordia. A veces, con hostilidad.

Los poderes hacen lo imposible por sobreponer sus propias producciones simbólicas a las que constantemente generan la vida urbana, o acaso sencillamente la vida. Es ella –los acaeceres infinitos que teje y que la tejen– la que penetra y coloniza el espacio abierto de la ciudad con innumerables memorias. Es la inteligencia secreta de esa masa de vidas entrelazadas –sin saberlo a veces– la que llena de monumentos la ciudad, invisibles para quienes no los han erigido, perceptibles sólo desde la memoria personal o grupal, que los identifica y, haciéndolo, se identifica. Cada uno de sus lugares-reminiscencia es, a su manera y para quien en ellos ata el pasado y el presente, una suerte de centro que, a su vez, define espacios y fronteras más allá de los cuales otros seres humanos se definen como otros en relación a otros centros y a otros espacios.

Los mapas de poder y aquellos otros destinados al turista,



**SIMPOSIO DE
CULTURA MANCHEGA**

**1er Rally Ronda de Ciudad
Real EN AVIONETA**

**Organiza:
Fundación Aula Cerrada**

SE RUEGA TRAER BOINA

se basan en la simplicidad. Son ante todo, artefactos legibles que hacen legible el espacio que presumen sintetizar mágicamente sobre el papel. Tanto el poderoso como el turista no aspiran a conocer nada nuevo. Pasean por las calles con la ambición de reencontrarse con aquello mismo que ellos han colocado antes en los sitios con su fantasía: el político, los monumentos a sus héroes, a sus antepasados y a sus dioses; el turista, los objetos ya vistos antes en las guías, en las postales o en los documentales de promoción. Al margen —es decir, en el centro mismo de lo social—, lugares de y para la historia pública. Universo de los lugares sin nombre, una ectoponimia, que no es sino lo contrario de una toponimia. Las calles y las plazas son archivos secretos y silenciosos, relatos parciales de lo vivido, recuerdo de gestas sin posteridad, «marcos incomparables» para epopeyas minimalistas para quienes sólo tienen su propio cuerpo y sitio, incapaces de pensarse si no es términos al mismo tiempo somáticos y topográficos. Memorias potentes sin poder, que se enfrentan a las de un poder impotente, a sus ciudades espectaculares, conmemorativas, triunfales, falsas.

Los practicantes secretos de lo urbano no hacen más que llenar las ciudades de monumentos, cada uno de ellos evocador de un momento histórico, de un encuentro al más alto nivel, de una batalla incruenta, de un recibimiento triunfal, de una derrota, de un levantamiento, de un naufragio, de una catástrofe, de un portento, de una defensa heroica, de una aparición, de un adiós para siempre. Registros escriturales polivalentes y palimpsésticos, levantados con una caligrafía ilegible. Infinita superficie de inscripción de

huellas innumerables, en que se marcan constantemente intrincadas correspondencias. Puerto y desembocadura de memorias. Las calles, las plazas, los vestíbulos de las grandes estaciones, los andenes del metro, incluso los triviales centros comerciales, están saturados de esa delirante lógica que sume y remueve toda la infinita red que forma lo inolvidable de todos. Esos monumentos son, nos obstante, implícitos, en la medida en que no aparecen en catálogo alguno o guía turística.



Es para amansar y vigilar este artefacto de existir pluralmente que es toda ciudad que el orden de las instituciones procura instaurar su ornamentación. Al murmullo de las calles y las plazas, a los emplazamientos efímeros y las trayectorias en filigrana, a la inabarcable red que trazan las evocaciones multiplicadas de las muchedumbres y los paseantes, la polis intenta sobreponerle —a base de instituir sus propios nudos de sentido— la ilusión de su legitimidad y las coartadas que le permiten ejercer su autoridad. Se trata de alcanzar un gran objetivo: el de constituir las bases escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad políticamente emergente, que se imponga de una vez por todas a una multiplicidad inacabable de acontecimientos, ramificaciones, líneas, accidentes a veces venturosos, de bifurcaciones. Movimiento perpetuo, ballet de figuras imprevisibles, heterogeneidad, azar, rumores, interferencias..., la ciudad. Es negando ese magma que jamás se detiene que el orden político intenta instaurar la nueva religión de la Acrópolis, la sólida patria acabada de inventar que convoca a todo lo distinto a acudir bajo la protección de su Gran Certeza y, finalmente, a morir y disolverse en ella. ■

El ritornelo de Thomas Bernhard

J. Carloz Sanz

Periodista y licenciado en historia del arte

Thomas Bernhard (1931-1988), narrador, poeta y autor teatral, de ascendencia austríaca, aunque nacido en Holanda, es de esos escritores poco conocidos, me atrevería a decir, casi imperceptible, dentro del grotesco mercado de los libros y sus extensiones aberrantes, y que, sin embargo, quienes han profundizado en su obra, no dudan en atribuirle el calificativo de escritor esencial para entender el siglo XX. Autor marginal, automarginado, pero no al margen de la sociedad cultural, sino pegado a ella como una garrapata que se alimenta descaradamente del entorno que lo alimenta, para, además de sobrevivir -posiblemente si no hubiera sido por su dedicación a la literatura, se hubiera suicidado-, atacarla con una sutil y retardada agresividad, que va carcomiendo -sin levantar sospecha-, pilares, columnas, paredes y techos de una cultura occidental burguesa, a cuya desintegración se refiere en todas sus obras.

Thomas Bernhard es el escritor-pájaro. Su melomanía, su ardoroso amor hacia la música, le llevan a entonar su material lingüístico, como si de un lenguaje musical se tratara, pero codificado por la escritura. Thomas Bernhard nos canta con la alegría con la que lo hacen los pájaros. Es decir, sin alegría. Nos canta al oído, pero también a un auditorio o un teatro. Canta con la lucidez extraordinaria del cronista y la paciencia observadora de un espía, canta sus trinos y melodías nunca arrulladoras, casi siempre urbanas, nos canta con el humor que nos desternilla de risa...

Pero ante todo, nos canta las cuarenta. Y él también se las canta. Es el ritornelo de Thomas Bernhard. Cuando leemos un libro suyo, enseguida lo advertimos, ¡ahí está, ya empieza! Nos presenta el tema, lo desarrolla, agota sus variaciones. Como el canto de los pájaros, nunca es meramente estético, sino práctico. Así el escri-



tor, se sirve de su método musical para llamar la atención de otros pájaros, alimentarse y, cómo no, distribuir sus ideas sin compasión alguna cuando se trata de alejar al enemigo, rebajarle a la condición de insecto si es necesario. El escritor, al igual que algunos pájaros alucinados, se lanza a sus soliloquios repetitivos con los que martillea y va erosionando la franja de ignominia que separa a la sociedad de las causas de su miseria, para poner en evidencia la descomposición de la cultura y el espíritu occidental.

El canto de los pájaros es también un elemento de territorialización. Así, los textos de Thomas Bernhard, marcan un territorio. Ese territorio está siempre entre dos puntos, en el intervalo que va desde A hasta B. Desde Nathal, donde tenía su casa natal, hasta Viena. Desde uno mismo, a los otros. Desde la intimidad, al lector o al auditorio. El ritornelo de Thomas Bernhard nunca se está quieto. El ritornelo de Thomas Bernhard es seco, estridente a veces, sin miramientos, es un ritornelo-Mozart o un ritornelo-Beethoven o un ritornelo-Schumann, dependiendo de la materia con que trate; emociones, espíritu combativo, lucidez desgarradora... Es el ritornelo sinfónico o de cámara, operístico o solis-

ta. Es el ritornelo que dice sí. El ritornelo de la negación que una y otra vez se repliega sin descanso para volver a decir sí. Sí a la vida, pese a la vida, sí a uno mismo, pese a uno mismo, sí a Viena, pese a Viena.

Uno de los temas más tratados en sus obras es la imagen que tiene de la ciudad que despierta mayores sentimientos: Viena.

¡Qué maestría para retratar y poner en evidencia la hipocresía de una sociedad!

¡Con qué fino humor e inteligencia! A veces pienso, para divertirme un rato, qué diatribas habría escrito

Thomas Bernhard, de haber nacido en Puertollano. Aunque claro, nunca habría podido criticar la programación de un Teatro o Sala de conciertos, porque en Puertollano no hay una programación estable y coherente ni de Teatro ni de Música, aunque los responsables crean firmemente que sí hay una programación estable y coherente de Teatro y de Música; tampoco hubiera podido criticar los cafés literarios porque en Puertollano es impensable la idea de un café literario, pues a la mayoría no le interesa para nada la Literatura, aunque habrá responsables que piensen que en Puertollano sí hay cafés literarios y no piensan que a la mayoría no le interese para nada la Literatura. Es por ello que tampoco hay una librería, aunque los dueños de algunas librerías piensen que en Puertollano sí hay librerías. Pero Puertollano, claro, no es Viena, ni tiene que serlo. Por eso es absurdo pensar que Thomas Bernhard hubiera escrito sobre Puertollano, porque

Thomas Bernhard, aparte de que no le interesaba mucho España, de haber conocido Puertollano, Thomas Bernhard no hubiera permanecido ni un día aquí, además, Thomas Bernhard, posiblemente, de haber nacido aquí, hubiera desarrollado mucho antes de que lo hizo, el tumor que le extirparon de un pulmón en 1967.

Posiblemente, Thomas Bernhard, de haber nacido aquí, no hubiera tardado mucho en largarse, o de lo contrario, posiblemente, Thomas Bernhard se hubiera suicidado a edad más temprana de aquella que tenía cuando sufrió una tentativa seria. De no haber sucedido esto, posiblemente, Thomas Bernhard hubiera desembocado a la locura a la cual se veía empujado continuamente, y entonces, Thomas Bernhard, posiblemente, no hubiera escrito nada sobre Puertollano.

Posiblemente, es absurdo pensar qué tipo de diatribas habría escrito Thomas Bernhard de haber conocido Puertollano. Así que mejor, me contentaré con leer una vez más a Thomas Bernhard. Aún no he leído "El malogrado", sobre el genial pianista Glenn Gould. Había pensado en ir a una librería a comprarlo. Pero es absurdo. ¡No hay ninguna librería en Puertollano! Y probablemente, nadie que trabaje en una de esas librerías, que en realidad no son librerías, conozca a Thomas Bernhard. Así que, de momento, mejor me voy a ahorrar ese intento de compra, y me voy a conformar con escuchar el canto de los pájaros- escuchando a Mozart, relejendo "Tala" o "El sobrino de Wittgenstein". ■



Los curiosos negociantes

Ángel Romera

<http://diariodelendriago.blogspot.com>

maestresala.

—Dios lo haga —respondió Pancho.

—Extraño caso es éste — dijo Pancho— destos negociantes. ¿Es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como éstas no son en las que han de venir a negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia que si me dura el gobierno, que no durará, según se me trasluce, que yo ponga en pretina a más de un negociante. Agora decid a ese buen hombre que entre, pero adviértase primero no sea alguno de los espías o matador mío.

—No, señor —respondió el paje—, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco o él es tan bueno como el buen pan, y lo amerita ser natural de La Manchurria, como su excelencia el gobernador.

—No hay que temer —dijo el mayordomo—, que aquí estamos todos.

—¿Sería posible —dijo Pancho—, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Ferrán Adrián, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla?

—Esta noche a la cena se satisfará la falta de la comida y quedará vuestra señoría satisfecho y pagado —dijo el

Y en esto entró el constructor, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo fue:

—¿Quién es aquí el señor gobernador?

—¿Quién ha de ser —respondió el secretario—, sino el que está sentado en la silla, que no por arzobispal, como la de su eminencia el arzobispo de Toledo, que Dios guarde, es menos importante?

—Humíllome, pues, a su presencia —dijo el constructor.

Y, poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negósele Pancho y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador y luego dijo:

—Yo, señor, soy constructor, natural de la Manchurria, un lugar que está muy cerca de Madrid.

—¡Otro Tirteafuera tenemos! —dijo Pancho—. Decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien a la Manchurria, y que no está muy lejos de mi pueblo.

—Es, pues, el caso, señor —prosiguió el constructor—, que yo, por la misericordia de Dios, soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia Católica Toledana, y aun en la Basílica Vaticana de la Torre Gorda, donde el infinito lloró una lágrima, como dicen los librotos del Taja-Majal; tengo dos hijos en la misma cofradía en la que el señor goberna-

dor es gran hermano, que el menor estudia para parado y el mayor para político; soy viudo, porque se murió mi mujer, o, por mejor decir, me la mató un mal médico, que se formó con la ESO y la purgó estando preñada, que si Dios fuera servido que saliera a luz el parto y fuera hijo, yo le pusiera a estudiar para cofrade, porque no tuviera invidia a sus hermanos el parado o detenido y el político.

—¿De modo —dijo Pancho— que si vuestra mujer no se hubiera muerto, o la hubieran muerto, vos no fuéades agora viudo?

—No, señor, en ninguna manera —respondió el constructor.

—¡Medrados estamos! —replicó Pancho—. Adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar.

2011: Declaración de Ciudad Real como Patrimonio Histórico y Artístico de la Humanidad



* Proyecto de restauración del valioso y emblemático edificio "Torre del Pilar"

—Digo, pues —dijo el constructor—, que este mi hijo que ha de ser político quiso emprender un negocio de vuelos y otros excesos y compró unas tierras para hacer una pista de aterrizaje, tras conquistar a trancas y barrancas los permisos de la Inquisición, que en eso de volar no las tenía todas consigo, y cerró negocios con la compañía voladora Clavileño, así como con unos moriscos que querían importar hierbas africanas y unos hidalgos manchurrianos, que habían estado en lo de don Diego de Almagro, allá en el Pirú, y querían llevar aquí más hierbas, sobre modo unas aromáticas que son muy buenas para el espíritu y curan la melancolía de modo, que no hay más que ver y el señor don Quijoso quedaría muy contento y ya no pensaría más en Chuchinea.

—A fe mía —replicó Pancho— que no es poco osado y porfiado vuestro hijo, y peregrinas y nunca vistas empresas ha osado acometer.

—Pues aún más se aventuró mi bendito, porque quiso traer a estos lares y andurriales manchurrianos a mucha gente de Murcia, jugadora del dos, y montar una casa de leones o de juego, de cuyo beneficio se diese mucho barato a los comerciantes y ricos hombres de nuestra tierra, es más, como que, animado yo por su misma venturosa misión, levanté casas en Valtimado, que ni el señor Enron ni los hermanos Lemandrines de que hablan los libros de caballerías las tuvieron mejores ni más ricas. Y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de lo que cuento, que al fin al fin es mi hijo y lo quiero bien y no me parece mal.

—Pintad lo que quisiéredes —dijo Sancho—, que yo me voy recreando en la pintura, y, si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato.

—Eso tengo yo por servir —respondió el labrador—, pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos. Y digo, señor, que fuera cosa de admiración, pero no puede ser, a causa de que está agobiado y encogido, y tiene deudas para dar y tomar, y la crisis le ha topado tan de recio, que ni las arcas del Arzobispo de Toledo podrían llenar sus vacías faltriqueras y gatos.

—Está bien —dijo Sancho—, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado vuestro asunto de los pies a la

cabeza. ¿Qué es lo que queréis ahora? Y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras.

—Querría, señor —respondió el constructor—, que vuestra merced me hiciese merced de darme una carta de favor para que nos diesen más crédito, suplicándole sea servido de que esta componenda se haga, pues somos desiguales en los bienes de fortuna y en los de la naturaleza, y es menester el dinero del pobre para que el rico lo siga siendo. Porque, para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado por la codicia, y no hay día que tres o cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus, y de haber caído una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como pergamino y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un ángel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo a sí mismo, fuera un bendito.

—¿Queréis otra cosa, buen hombre? —replicó Sancho.

—Otra cosa querría —dijo el labrador—, sino que no me atrevo a decirlo; pero vaya, que, en fin, no se me ha de podrir en el pecho, pegue o no pegue. Digo, señor, que querría que vuesa merced me diese trecientos o seiscientos ducados para ayuda a que se viva mi político; digo, para ayuda de poner su casa, porque, en fin, han de vivir por sí, sin estar sujetos a las impertinencias de los suegros.

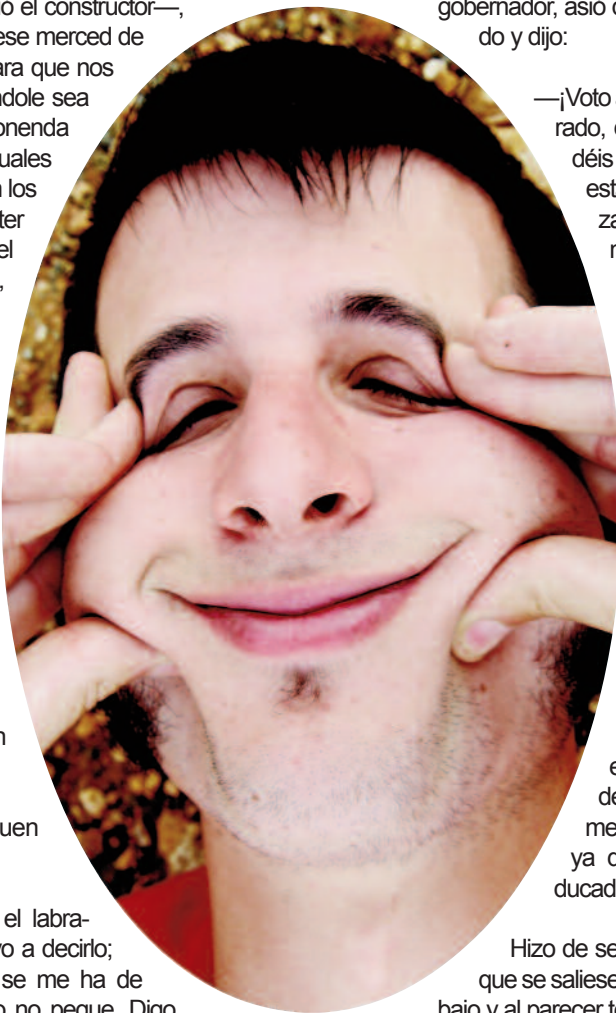
—Mirad si queréis otra cosa —dijo Sancho— y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza.

—No, por cierto —respondió el constructor.

Y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado y dijo:

—¡Voto a tal, don patán rústico y malmirado, que si no os apartáis y escondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza! Hideputa bellaco, pintor del mismo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? ¿Y dónde los tengo yo, hediondo? ¿En la Caja de Castilla, Pero No Demasiado? Y por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿Y qué se me da a mí de La Manchurria ni de toda la Cofradía de Mangantes? ¡Va de mí, digo; si no, por vida del duque mi señor que haga lo que tengo dicho! Tú no debes de ser de La Manchurria, sino algún socarrón que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aún no ha día y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados?

Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacón supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera a Pancho, y ándese la paz en el corro, y volvamos a don Quejoso, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho días, en uno de los cuales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean. ■



Identidad y callejero

Isidro Sánchez

Director del Centro de Estudios de Castilla La Mancha, UCLM



Unas cuestiones previas. Pretendo hacer un acercamiento a la identidad de Ciudad Real mediante el análisis de su callejero, para conocer los nombres, los personajes, los gustos, las carencias, las pervivencias... Y ello, con la vista puesta en dos acepciones de la palabra que presenta el Diccionario de la Academia: “Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás” y “Conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás”.

Voy a fijar la atención en el nombre de las calles y para ello utilizaré básicamente el Censo electoral de la provincia de Ciudad Real (INE, 2008). Más accesibles para las personas interesadas son *El nombre de las calles de Ciudad Real* (<http://www.ciudad-real.es/historia/calles.php>, 5-6-2009) o el libro de José Golderos Vicario titulado *Ciudad Real, siete siglos a través de sus calles y plazas 1245-1945* (Ciudad Real, Ayuntamiento, 1998). Para el callejero durante el franquismo se puede ver, por ejemplo, *Guía Lérida, geográfica y estadística y de curiosidades diversas de la provincia de Ciudad Real* (Madrid, Papelería E. Lérida, 1955). Muy importante para las cuestiones de identidad y pasado es el libro de José Rivero *Memoria de cosas. Signos y señas de identidad de Castilla-La Mancha* (Madrid, Celeste, 1999).

He tratado los datos del INE, concretamente 609 fichas, y he establecido previamente dieciséis grupos a los que he asignado en una clasificación posterior el total de nombres.

Se producen en la información y en el callejero reiteraciones como, por ejemplo, calle del Carmen, plaza del Carmen y ronda del Carmen, por lo que el número total de nombres diferentes se sitúa en torno a 510. Después he recabado información, sobre todo de los personajes, y he realizado el análisis.

Valores superiores y mundo del trabajo

Según las acepciones del Diccionario de la lengua, la conjunción de las palabras ideal (“excelente, perfecto en su línea”), y superior (“excelente, muy bueno”), sirven para expresar altos valores. De ellos anda escasa la ciudad si nos atenemos al callejero pues sólo aparecen cinco: constitución, esperanza, libertad, paz y progreso. Por recordar sólo algunos de los que no se han recogido es posible citar amistad, fraternidad, igualdad, justicia, pluralismo, soberanía o solidaridad.

El trabajo, los artesanos o las herramientas tienen poca presencia en nuestra ciudad. Sólo 17 calles, de las que cinco tienen relación con la agricultura (azada, labradores, reja, trillo y vertedera) y cuatro directamente con los oficios: alfareros, moledores, panaderos y tintoreros. El resto de nombres son cuchillería, fraguas, martillo, montería, perchel, postas, tijeras y tinte. Perchel, como aparejo de pesca, es llamativo, aunque quizá tuvo su origen en las lagunas que había cerca del barrio y que fueron desecadas.

El trabajo reflejado en construcciones diversas tiene hasta 42 nombres, desde atalaya, hasta torre, pasando por canales, eras, escuelas, minas, murallas o norias. Sin embargo, se echan en falta palabras con evidente sabor manchego como bombo, chozo, cortijo, mesón o venta.

Escasas mujeres y pocos políticos.

Las calles con nombre femenino son sólo cinco, si se consideran aparte las dedicadas a santas o advocaciones marianas, más una dedicada a la cualidad de madre, es decir, a la maternidad. Esta es claramente una asignatura pendiente de la ciudad pues sorprende su escasa presencia que quizá cambie con la primera alcaldesa de la ciudad. Las mujeres distinguidas son Concepción Arenal, que tuvo que vestirse de hombre para estudiar derecho; Rosalía de Castro, poetisa y novelista gallega; Carmen Amaya, “bailaora” y “cantaora”; Elisa Cendrero, presente en el imaginario popular como “dama benefactora”; y María Cristina, reina regente que seguramente hace referencia a la segunda con ese nombre, o sea, de Habsburgo (la primera fue de Borbón).

En cuanto a los políticos, aparte de los falangistas, que se tratarán después, se puede afirmar que Ciudad Real no quiere políticos y cuando los recuerda son preferentemente conservadores. Sólo se pueden encontrar cinco: Rafael Gasset y Chinchilla, Agustín Salido, Miguel Pérez Molina el marqués de Treviño y Bernardo Mulleras. Sorprende que políticos como Baldomero Espartero, Diego Medrano o Francisco Rivas Moreno, por citar tres ejemplos nada más, con indudable presencia nacional, no tengan una calle en Ciudad Real.

Guerra y franquismo.

Se eliminaron del callejero nombres relacionados con los años de conflicto y con la larga dictadura, pero las secuelas de nuestra última guerra civil siguen presentes en el callejero mediante el nombre de cuatro personas asesinadas en los primeros meses del conflicto: el ya citado marqués de Treviño, Carlos Eraña, religioso marianista, y los clérigos Narciso Estenaga (obispo de Ciudad Real) y Julio Melgar (ayudante del Obispo).



Asimismo, permanecen nombres relacionados con el franquismo, como Belchite o Brunete, iconos de su propaganda bélica, y el de falangistas o personajes en el entorno de Falange (Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, como denominaban al partido único durante la Dictadura de Franco): José María Aparicio Arce, presidente de la Diputación de Ciudad Real, gobernador de distintas provincias y procurador en Cortes; Vicente Galiana, primer presidente de la junta provincial de Falange en Ciudad Real; José Gutiérrez Ortega, director del diario Lanza durante un buen número de años, jefe provincial de FET y de las JONS, y presidente en funciones de la Diputación; Fernando Merry del Val, ingeniero buscador de petróleo y presidente del Monopolio de Petróleos; Gregorio Sánchez Puerta, falangista de primera hora, pro-

curador en Cortes, que ocupó cargos diversos en el Régimen; y Julio Sousa, el diplomático. El fascista Gutiérrez Ortega da nombre todavía, en el año 2009, a un pasaje céntrico en Ciudad Real y al hospital de Valdepeñas.

Militares reyes y nobles.

Es preciso recordar en primer lugar que los militares golpistas y/o fascistas desaparecieron del callejero gracias al acierto del Ayuntamiento democrático. Fueron suprimidos los nombres de Generalísimo Franco, General Mola, General Moscardó, General Sanjurjo, General Yagüe o Comandante López Guerrero.

La calle Caballeros recoge una referencia general a los milites y perviven siete nombres de personajes cuyo principal actividad fue la milicia: Yusuf Ya'qud, que derrotó a Alfonso VIII en Alarcos (1195); Aben Canes, último alcaide musulmán de Calatrava; caballero Ramón Froilaz, militar que descubrió una virgen en Velilla de Jiloca; Alonso Céspedes Guzmán, militar de fama; Hernán Pérez del Pulgar, que participó en la guerra de Granada; General Rey, héroe de la primera guerra carlista y senador por Ciudad Real; y General Aguilera, militar liberal que participó en las campañas de la guerra de África.

Realeza, nobleza y órdenes militares están presentes con veinticuatro nombres, sobre todo de reyes, aunque el más cercano a nuestro tiempo es el ilustrado Carlos III.

Escritores

Uno de los mejores escritores manchegos ha sido Francisco García Pavón. En Ciudad Real se ha omitido su figura hasta el momento y eso que dedicó parte de sus escritos a la capital. No busquen una calle con su nombre pues no la encontrarán, como tampoco verán los nombres de Juan Alcaide, Julián Alonso, Emilio Bernabeu, José Corredor Matheos, Ángel Crespo, Antonio García Bellido o Lorenzo Luzuriaga, por ejemplo, todos ellos escritores de la tierra. Precisamente, tanto Alonso como Bernabeu se ocuparon del callejero en la prensa local.

Eso sí, hay varios premios Nobel, entre ellos el homófobo

Camilo José Cela, pero no se encontrarán autores comprometidos socialmente como Miguel Hernández, Pablo Neruda, Antonio Machado o Federico García Lorca. Lo máximo es la dedicatoria de una calle a José Castillejo que, además, está mal escrito y aparece en todas partes como Castillejos.

Dentro de los veinte escritores representados, Cervantes y su Quijote se llevan la palma pues hasta siete calles tienen nombres quijotescos.

Artistas, cielo y descubridores

Aparte de El Greco, Velázquez o Goya, lo más "atrevido" en el terreno artístico que aparece en el callejero es el polémico Dalí. Son fundamentalmente nombres de pintores, aunque hay también músicos y escultores. Un total de 27 artistas, pero nada de nombres como José Ortega, Gregorio Prieto, Miguel Prieto, Gabriel García Maroto o Miguel Fisac, todos de evidente proyección. La militancia comunista, la homosexualidad o la deserción del Opus Dei seguro que influyeron en el olvido. La vena artística de los municipios parece no pasar de Vázquez o Andrade, los ídolos locales. Pero es que nombres como el de José Arias Rodríguez-Barba, arquitecto municipal durante casi cuarenta años, no están en el callejero. Hace tiempo, Pepe Rivero escribió un artículo pidiendo la dedicatoria de una calle.

Veinte nombres están dedicados a satélites, constelaciones y otros elementos celestes (como Júpiter o Centauro), mientras que los relacionados con descubridores o avances son trece (Colón o Severo Ochoa). Mónico Sánchez, uno de los pocos inventores de la tierra, que puso en funcionamiento el aparato portátil de rayos X, no ha merecido la dedicatoria de una calle. Ya se sabe, pocas personas son profetas en su tierra.

La importancia de la geografía

Es posible establecer hasta seis subgrupos diferentes con los más de 130 nombres con términos geográficos, el grupo más numeroso: poblaciones de la provincia, fundamentalmente cabezas de partido y cercanas a la capital; ciudades españolas, principalmente capitales de provincia, como las de Castilla-La Mancha, Galicia y Comunidad Valenciana; regiones españolas, todas menos Castilla-La

Mancha, Castilla y León y Cataluña, aunque están las calles Mancha y Castilla, pero sorprende que figuren todas de una u otra forma excepto Cataluña, ¿lapsus u olvido voluntario?; ríos y lagunas, con un genérico calle del Río y las dedicadas a Azuer, Bullaque, Cigüela, Guadiana, Jabalón y Zánara, además de las lagunas de Ruidera y la Posadilla y, cómo no, Ojos del Guadiana y Tablas de Daimiel; países europeos, con nombres de los países de la Europa de los 15, dada la época en que se denominaron las calles cercanas al hipermercado Eroski y la estación del AVE, más Andorra, Mónaco, Noruega y Suiza; y países iberoamericanos (ni Canadá ni EE UU), con la excepción de los centroamericanos, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Paraguay, a pesar de que algunos aportan un buen número de inmigrantes a la provincia.

Muy católica y muy natural

Nombres relacionados con la religión católica hay en el callejero más de 83. Están representados grupos diferentes y personajes muy diversos: beatos (Fernando de Ayala), capellanes (Marcelo Colino), cardenales (García de Loaysa, Lorenzana o Monescillo), frailes (Hernando de Ciudad Real o María Rafael), lugares de culto, monjas, obispos (Estenaga, Hervás y D. Rafael), papas (Pío XII y Juan XXIII), sacerdotes, santos y santas, símbolos religiosos o vírgenes (Batallas, Begoña, Carrasca, Estrella, Fátima, Lágrimas, Viñas, Prado, o Santos). Forman un conjunto esparcido por toda la ciudad generado fundamentalmente durante el franquismo y en la época democrática.

También hay en el callejero de la ciudad 83 nombres relacionados de forma general con la naturaleza. Son fundamentalmente del reino vegetal: árboles, arbustos, frutos o flores, desde olivo hasta orquídea, pasando por romero, retama, girasol o ciruela. Pero también hay algunos vientos (ábrego, cierzo y tramontana) y pocos animales (caracola, cierva, gato o paloma).

Fin

El callejero, en resumen, sirve para hacer una aproximación a las características de la ciudad, en la que tienen mucha presencia la geografía, como vía fácil para escapar del conflicto ideológico; la naturaleza, sobre todo en lo refe-

rente a vegetación, que tanto falta en la ciudad; y la religión, la católica, claro. Nada de nuevas tendencias en arte o literatura, nada de exilio. Y presencia de personajes, especialmente conservadores o ultraderechistas.

Una ciudad en la que perviven de alguna manera, las que identifico, para antes de la muerte de nuestro último dictador, como relaciones sociales propias de las seis ces (caciquismo, carencia, clericalismo, clientelismo, conservadurismo y cunerismo).

Y lo peor, una ciudad en la que, a pesar de lo avanzado, sigue siendo válida en buena medida la opinión que Nino Velasco expresaba hace treinta años en su libro *Ciudad Real, mi amor*. Al introducir su trabajo escribía sobre el impulso que le guiaba: "Mi cariño hacia una ciudad maltratada, inerte y átona, manejada por intereses particulares sin demasiados escrúpulos y donde el miedo a la denuncia y cierta querencia por eludir la crítica seria son el pan nuestro de cada día". ■





Ciudad Real y el último general de la República

Miguel Ángel Rodríguez Arias
Investigador de Derecho penal internacional, UCLM

El General “olvidado”, o el “muy católico” General son algunos de los sobrenombres con los que, muy raramente, se hace referencia a Antonio Escobar Huerta (*La guerra del general Escobar* de Olaizola, premio Planeta de 1983, y *Entre la cruz y la República* de Arasa, entre las pocas obras que lo abordan), guardia civil, hombre de honor, defensor de la República Española y la Constitución a la que había jurado lealtad; aunque en julio de 1936, mantener la propia palabra y la lealtad a la Constitución, representase una auténtica temeridad, cuando no una condena cierta a muerte, en todos aquellos lugares en los que los golpistas se hicieron con el control.

Algo que no pasó en Barcelona, precisamente porque, en el momento de mayor incertidumbre, la Benemérita mandada por Aranguren y Escobar se mantuvo leal a las instituciones democráticas, decantando la situación de la Ciudad Condal del lado de la legalidad. Cuenta el anecdotario que el propio President Companys suspiró aliviado cuando, al ver aproximarse a los hombres de Escobar, armados y en formación, al edificio de la Generalitat de Cataluña, éste les ordenó saludar a la institución y continuó su marcha a la toma de los emplazamientos dónde los golpistas se habían hecho fuertes y se enfrentaban a los milicianos de Durruti. No sería ésta su única responsabilidad decisiva, encargado inmediatamente a continuación por el propio Vicente

Rojo de la encarnizada defensa del sector de la Casa de Campo – vital en las horas más dramáticas de la batalla de Madrid – cuando su caída era tan previsible que hasta algún corresponsal inglés que acompañaba las columnas de los golpistas se aventuró a enviar a Londres una precipitada crónica que sería publicada al día siguiente, sobre cómo se había producido ya la entrada de falangistas y requetés en la capital... con tres años de adelanto.

Honrado, íntegro, comprometido con la defensa de la República española hasta decir basta en todo lo que se le conoce hasta la fecha, resulta difícil recoger en estas líneas el alcance de lo que a Escobar le supuso cumplir con su deber con el Gobierno legítimo: desgarrado por el dolor de ver a uno de sus propios hijos pasarse al bando de Franco, de saberlo más tarde caído en la batalla de Belchite, blanco él mismo de recelos y desconfianzas de los sectores más radicales –repudiado por la extrema izquierda tanto como lo sería desde el primer momento de la contienda por la extrema derecha– y hasta objeto de un fallido atentado que no se ha llegado a esclarecer si fue perpetrado por quintacolumnistas infiltrados en la República o por algún grupo anarquista. Herido en varias ocasiones el Presidente Azaña en persona le autorizó un peregrinaje a la Virgen de Lourdes, todavía convaleciente, que fue la comidilla de la retaguardia republicana, y de las malas lenguas que decían que aprovecharía el permiso para escapar a Francia ante lo crítico de la situación. No fue así, sino que regresó para pasar a asumir el mando del ejército

de Extremadura, uno de los pocos operativos que aún le quedaban a la República, emprendiendo a inicios del 39 – ya perdida la batalla del Ebro – la que sería la última ofensiva, a la desesperada, de la Segunda República Española, en el sector de Valsequillo-Peñarroya, intentando desviar, con ello, el avance principal franquista y ganar el tiempo que no se llegó a tener para organizar una segunda línea defensiva en Cataluña.

Tras la captura de Almadén y la ruptura definitiva del frente de Extremadura, caída ya Barcelona y perpetrado el autogolpe casadista en Madrid, Antonio Escobar Huerta, el último General de la República española en territorio nacional, rindió su mando ante Yagüe y sus legionarios en el antiguo casino de Ciudad Real el 26 de marzo de 1939. Leal a la República hasta el final, pudo haber escapado en una avioneta a Portugal pero decidió permanecer junto a sus hombres, convencido de no haber hecho otra cosa que cumplir con su deber de guardia civil y decidido a correr su misma suerte: el propio Franco intervino en persona para asegurarse de que fuese pertinentemente fusilado.

Y esa “España mejor”, democrática, constitucional, que Escobar defendió con su vida hasta sus últimas consecuencias, aún no ha sido capaz de decir que el cargo acusatorio de “rebelión” por el que fue condenado por los “rebeldes” no tiene validez jurídica alguna; que su “Consejo de Guerra” fue una farsa predeterminada en su resultado antes de empezar, y que su ejecución, sin haber cometido crimen capital alguno, fue un simple y vil asesinato: parte del exterminio general llevado a cabo por la dictadura. Una mala ley “de la memoria” – hecha con más cálculo y miedo a los votos del que Escobar y los suyos mostraron a las balas de los sublevados cuando había que jugarse la vida defendiendo nuestra Constitución – ha dejado pasar la oportunidad de declarar la nulidad jurídica, de pleno derecho, de



todo ello y de restaurar el honor de todas estas personas irrepetibles. Pero mejor no entrar en tales comparaciones entre unos y otros - la actuación de los hacedores de nuestra “olvidadiza” ley con la de los defensores de nuestra República perdida – que las comparaciones, a veces, pueden resultar demasiado odiosas.

El General Escobar murió crucificado en mano y mandando su propio pelotón de ejecución, el amanecer del 8 de febrero de 1940 en los fosos del castillo de Montjuic. Ninguna calle en Ciudad Real, Barcelona o Madrid, ni tan siquiera en Ceuta – su ciudad natal –, lleva su nombre, ninguna placa conmemorativa recuerda entre nosotros a este guardia civil que mantuvo su palabra y cumplió con su deber más allá de lo que a nadie se le puede exigir. Ninguna izquierda democrática, ninguna derecha democrática, ha entendido todavía oportuno reivindicar la memoria de este hombre de honor que mantuvo su juramento de defender nuestra Constitución a tan alto precio. Peor para ellos. Para todos nosotros en realidad.


El hombre yace, el cielo se eleva, el aire mueve. ■

Identidades propias y ajenas

Fernando Domínguez Gómez

Periodista

<http://periodistadesubicado.blogspot.com>



Antes de nada, para que nadie se llame a engaño y para que los millones de chinos que visitan cada año Ciudad Real (Gil-Ortega *dixit*) no se confundan, aclararé algo: Ciudad Real no forma parte de Sevilla, no es un barrio periférico de la capital hispalense, ni siquiera está dentro de

su provincia y tampoco existe ninguna relación de hermanamiento. Conviene que esto se manifieste con rotundidad porque ciertamente cualquiera podría pensar otra cosa si pasa por Ciudad Real en Semana Santa y escucha el impostado acento andaluz de algún que otro capataz, o si en abril oye el murmullo de unas casetas de feria, con sus farolillos, sus trajes de gitana y sus rebujitos.

Es evidente que la identidad cultural de Sevilla poco o nada tiene que ver con la identidad cultural de Ciudad Real. Pero ésta última se empeña con denodado esfuerzo en imitar a aquélla permanentemente. La pregunta es la siguiente: ¿cuál es la identidad de Ciudad Real? Me piden mi colaboración en esta revista para ofrecer mi visión sobre la identidad ciudadrealeña. Confieso que me he metido en un jardín al aceptar la invitación porque no estoy acostumbrado a ejercer mi profesión periodística basándome en lo que no es, en lugar de en lo que es. Dicho de otro modo: me resulta realmente complicado escribir sobre una identidad que no he visto por ninguna parte en los más de cinco años que llevo viviendo en esta ciudad.

Porque, ¿qué identifica a esta ciudad fuera de su término municipal? ¿Qué la hace inmediatamente reconocible? ¿Qué le es propio? Repasemos el calendario. ¿El Carnaval? Su celebración, la verdad, no arrastra en masa a los ciudadrealeños y tampoco puede decirse que las peñas locales se esfuercen demasiado en su participación activa en la fiesta. Hubo una incluso que, con la excusa de celebrar el pasado año un determinado aniversario, recuperó trajes usados durante los carnavales anteriores a modo de repaso a su historia; lo que evitó que tuvieran que darle al coco para diseñar una nueva puesta en escena. El día grande, el Domingo de Piñata, ni siquiera se celebra en Carnaval, sino ya en plena Cuaresma, y los grupos que participan en el desfile son los mismos que días antes vemos por las calles de las localidades de alrededor. Además, lo que todavía no han aprendido en la Concejalía de Festejos es que no por hacer el desfile más numeroso, más largo y soporífero de los alrededores se puede presumir de organizar el mejor Carnaval del mundo.

La Semana Santa cuenta con la Declaración de Interés Turístico Nacional, algo que por lo visto ha tenido su reflejo en la ocupación hotelera de los últimos años. Buena noticia, por tanto. Aunque ¿qué es lo que los turistas encuentran en Ciudad Real durante la Semana Santa? Intentemos ser objetivos. La Semana Santa de Ciudad Real no es sino un refrito del modo en que se celebra esta fiesta en otros puntos de la geografía española. Principalmente Andalucía, que ha sido imitada en la imaginería, la música, el exorno de los pasos, el vocabulario..., pero también hay reminiscencias de la cultura cofrade levantina y castellana. Esto en sí no es malo, dado que en la variedad está el gusto. Pero, ¿realmente merece ser considerada de Interés Turístico Nacional una celebración

que no muestra una identidad propia, diferente, personal? Doctores tiene la Iglesia, y el Ministerio de Industria y Turismo, políticos.

Luego llega, como dije antes y ya van dos años seguidos, la versión ciudadrealeña de la Feria de Abril. Quizá alguien pensó que ya que la feria original es casi exclusivamente para abonados, salvo las nada recomendables casetas públicas, Ciudad Real, con el arte y el salero que le caracteriza, podía ejercer, una vez más, de fiel remedo de tradiciones ajenas.

Y en mayo, las Cruces. Es cierto que la colocación de cruces adornadas con flores, velas y demás elementos forma parte de la cultura de muchos pueblos de la provincia. Pero lo que jamás se ha hecho en Ciudad Real es lo que de unos años a esta parte vemos por las calles. Procesiones infantiles con pequeños pasitos acompañados por una banda de cometas y tambores o una agrupación musical. Son procesiones organizadas por las hermandades de penitencia de la ciudad. Y ¿dónde se hace eso? Pues sí, en Sevilla...

Por otra parte, tenemos la romería de Alarcos, la feria de agosto y la Navidad, tres eventos en los que, obviamente, Ciudad Real no destaca por su originalidad ni por contar con actividades únicas y propias con capacidad de atracción para los millones de chinos de Gil-Ortega.

Así pues, ¿qué nos queda? La Pandorga. Ignoro cuánto tiempo tiene esta celebración en la ciudad, aunque cuando se dio a conocer el nombre del Pandorgo de 2009 se dijo que ocupa el puesto número 30, lo que significa que una parte importante de la fiesta, la elección de un representante por parte de la Hermandad de Pandorgos, tiene sólo una antigüedad de 30 años. En cualquier caso, ¿qué es hoy en día la Pandorga sino un macrobotellón autorizado?

El patrimonio cultural de Ciudad Real, por tanto, es más bien pobre como para intentar colárselo a los turistas, ya sean chinos o no. Pero es que el patrimonio urbano no lo es menos. Tenemos la Puerta de Toledo, que, comparada con las puertas de las viejas murallas de otras ciudades, tampoco es algo extraordinario, y la ermita de Alarcos. Por

otra parte, la Catedral, San Pedro y Santiago son iglesias muy interesantes, aunque en ciudades con un patrimonio más rico quizá pasarían algo desapercibidas.

Pero haced la prueba: cuando vengáis a Ciudad Real en tren o por carretera, fijaos en qué edificio preside el horizonte de la ciudad. Comprobaréis que lo que destaca por encima de cualquier otra construcción es la horrible y funcional torre de pisos situada entre la Plaza del Pilar y las calles General Aguilera y Ramón y Cajal.

¿Cuántos edificios interesantes ha perdido Ciudad Real a lo largo de su corta historia (porque 750 años no es mucho)? Y no todo ha sido culpa del mal entendido desarrollismo de los años 50-60, puesto en práctica por un régimen conservador en lo ideológico, aunque no tanto en lo patrimonial. Estoy hablando de una tendencia que aún hoy podemos observar en una Casa de la Cruz Roja a medio derruir. Por no recordar el escaso respeto por el patrimonio demostrado aquella Navidad en que a alguien se le ocurrió clavar sobre la piedra de la Puerta de Toledo unas cuantas bombillas para adornar el monumento...

Concluyo como empecé. ¿Cuál es la identidad de Ciudad Real? Fiestas ajenas copiadas con descaro, fiestas propias sin esencia y un patrimonio urbano en el recuerdo o descuidado. Desde este punto de vista, realmente tiene mérito que se cifren por millones los chinos que visitan esta ciudad cada año. Aunque, una pregunta: ¿cuentan como visitantes los que vienen a abrir negocios de alimentación? ■





Historia primigenia de Ciudad Real

Kriskros

<http://quenosquedablog.blogspot.com>

Quiso el azar que, hace 800 años, una serie de sucesos condujesen a que lo que hoy en día conocemos como Ciudad Real fuera la cuna de la no-existencia. Desde aquí intentaré dar a conocer todo lo que he descubierto en todos estos años de investigación que empezó el día que mi mujer desapareció delante de mis ojos. Sé que he sido un pésimo padre desde entonces, pero espero que mis hijos puedan perdonarme algún día si con esto consigo parar los acontecimientos venideros. Intentaré explicar todo desde el principio. Créanme si les digo que de esta información depende su vida y las de sus descendientes.

En 1195, durante la batalla de Alarcos, donde las tropas castellanas fueron derrotadas por los almohades, tuvo lugar un suceso de incalculable resultado. Los Almohades tuvieron la mala fortuna de dejarse olvidado un libro. Este libro, de aparente inocencia y contenido inesperado, llevaría a lo que después se conocería como Ciudad Real a su destrucción. El libro en cuestión se hace llamar "Kitah Al Azif" (del árabe -el rumor de los insectos por la noche-), un libro capaz de hacer volver del vacío más absoluto a uno de los primordiales más poderosos que el hombre haya temido. Su nombre es Nyarlathotep, sirviente de Azathoth. También llamado "El caos reptante", es de los pocos que puede prestar algún servicio útil a sus sirvientes humanos; posee objetivos, que en este caso consisten en traer de vuelta de su prisión etérea a su superior, capaz de devorar el Sol con solo desearlo. Suele manipular a los humanos para alcanzar sus objetivos. Incluso puede parecer humano; suele usar nuestro lenguaje y es, al parecer, una gran

masa poliposa con una larga excreción roja. No obstante, se caracteriza por adoptar diversas formas según sus pretensiones.

Toda nuestra existencia hubiese sido normal de no haber sido por la casualidad de haber caído este libro en los conductos acuíferos del castillo de Alarcos. Esto permitió que el libro surcase dichos acueductos hasta llegar a las inmediaciones de un pozo, aparentemente seco, y que fuera encontrado posteriormente por Don Gil en una de sus extracciones del pozo en 1254. Cuando lo encontré, se quedo perplejo; nunca pensó que podría encontrar nada que no fuese agua en ese pozo, y mucho menos que tuviese semejante poder. Después de largos días y noches en vela por la indecisión, decidió abrirlo. La cubierta del libro era lo suficientemente siniestra e inquietante como para hacer dudar a cualquier mortal. Al poco tiempo de abrirlo, se encontró escuchando un zumbido que a cada segundo que pasaba se hacía más ensordecedor, y vio como, sin ser el momento, el cielo se oscurecía como si de repente algo estuviese devorando al Sol. Poco tiempo tardó en percatarse de que esos sucesos eran provocados por una horda de insectos que acabaron rodeándolo por completo, girando a su alrededor como si de un huracán se tratase, y causándole un ataque de ansiedad que por poco le sume en la más infinita locura.

Cuando obtuvo el valor suficiente para abrir sus ojos, se encontró con un engendro que ni sus más siniestras pesadillas podrían haber imaginado. Este ser, informe y purulento, se le presentó como Nyarlathotep, y le explicó que había sido



invocado tras la apertura del libro, como si de una puerta al infierno se tratara. Para asombro de Don Gil, esta criatura empezó a hablar de una forma amistosa en un castellano perfecto, y con una voz que ofrecía confianza. Nyarlathotep le informó de cómo, con su ayuda, podría conseguir el rápido progreso de la villa en la que se encontraban. Lo único que le pedía era que le dejase habitar su cuerpo como si de un parásito se tratara; a cambio le otorgaría inmortalidad, omnisciencia y riquezas más allá de lo conocido. Además del control absoluto de su propio cuerpo y mente... pobre ingenuo, no le dio tiempo a darse cuenta de que todo lo que decía la bestia era mentira. En cuanto la criatura entró en simbiosis con su huésped, ésta tomó el control de todas sus funciones relegando a Don Gil a la parte más oscura de su subconsciente, donde habitan las peores pesadillas del ser humano; pero así es nuestra naturaleza codiciosa.

En ese mismo instante, Nyarlathotep puso su plan en marcha. Quería que, lo que después se conocería como Ciudad Real, fuese la cuna del despertar de Azathoth, pronosticada para el año 4.815.162.342 de su era, que casualmente coincide con la finalización del tercer ciclo B'ak'tun en la cuenta larga del calendario Maya, que en nuestro calendario Gregoriano caería más o menos durante el solsticio de invierno del hemisferio norte del año 2012. Para ello necesitaba que todos los habitantes de la zona entrasen en depresión, y la forma más fácil era hacer que el mejor negocio que se pudiera crear en Ciudad Real fuese un bar, para que la gente ahogara las penas de vivir en un desierto que te corta las alas antes de tomar impulso para volar. Invocó a Sub-Niggurath, también conocida como la negra cabra de los bosques, y le dio a conocer su deseo de usar a sus mil vástagos para la plena realización de sus planes, algo a lo que éste no se opuso.

No tardó en empezar a usar a los vástagos de Sub-Niggurath, ya que en 1255, al año siguiente de la posesión de Don Gil, el Rey Alfonso X El Sabio, poseído por una de estas criaturas, renombró el municipio como Villa-Real. No pasó mucho tiempo hasta que casi se le truncan los planes, al pasar Villa-Real, junto a Madrid y Andújar, a ser señorío de León V de Armenia, entre los años 1382 y 1391. Quiso la suerte que éste fuese capturado por los egipcios en lo que fue la caída del último reino cristiano de Oriente, y que fuese Juan I de Castilla, la nueva carcasa de Nyarlathotep, el que pagó el rescate de León V. Por lo que aquel, después de ser poseído por otro vástago, concedióle a éste el señorío de Villa-Real, Madrid y Andújar.

En 1391 Nyarlathotep suplantaba a Enrique III, recuperando la administración de los señoríos tras las continuas quejas de los súbditos, que no eran otros que los vástagos de Sub-Niggurath. En 1420, el supuesto Rey de Castilla Juan II le concede a Villa-Real el Título de Ciudad, en premio a su apoyo en la guerra civil dinástica contra las Órdenes Militares, al salvarle con su Milicia de un secuestro en un castillo, otorgándole escudo con la leyenda "Muy Noble, Muy Leal"; pero lo que nadie dio a conocer fue lo que ponía en el reverso de dicho escudo, porque nadie pudo descifrarlo por estar en un idioma desconocido hasta hace poco tiempo. En el reverso se podía leer "*Los que caminan con nosotros pero no son de los nuestros*".

Entre 1863 y 1905, año del III Centenario del Quijote, toman el control de Isabel II y Alfonso XIII, lo que ayuda a sus planes de expansión y de ser tomada como capital de La Mancha.

Durante la guerra civil, y previendo otra dificultad en el régimen de Franco, Nyarlathotep decide permanecer leal al gobierno republicano con el consecuente cambio de nombre

histórico por el de “Ciudad Libre”. Después de esto, y durante los siguientes 40 años, tuvo que volverse más cauteloso en sus acciones para que el gobierno vigente no sospechara nada de los acontecimientos venideros.

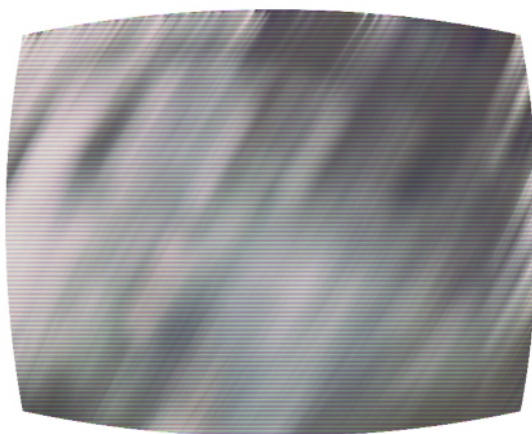
Tanto tiempo con los humanos de La Mancha hizo que Nyarlathotep cogiese cierto gusto por las migas, el pisto manchego, la caldereta, el tiznao, el asadillo, las gachas de harina de almortas, las flores, la bizcochá, el arropo y por sus quesos de leche pura de oveja. El día 1 de agosto de todos los años necesitaba ponerse en contacto con sus superiores; esto lo hacía vulnerable a cualquier posible incidente, debido a que tenía que tomar su forma original durante unas horas, por lo que creó la fiesta de la Pandorga del día 31 de julio, diciendo que era en honor de la Virgen del Prado para que todos los ciudadrealeños, durante el festejo de la misma, se pusiesen tan ebrios que durante la siguiente jornada fuesen incapaces de reaccionar aún cuando lo viesan en su forma real.


Así es como mi mujer desapareció. Un primero de agosto, mi mujer bajó a comprar tabaco y desde la ventana vi cómo era engullida por lo que después supe que era Nyarlathotep, sin que él se percatase de mi existencia, y dejándome al borde de la locura.

Hoy en día, y estando tan cerca de la fecha señalada, se puede ver que los bares, psiquiatras y vendedores de ansiolíticos, prozac, diazepam y etc., son los que más ganan dinero en estas tierras, y sólo cuando ellos mismos demanden sus propios productos, el Sol se oscurecerá, comenzará a escucharse el son de la flauta que anuncia la llegada de Azathoth, y asolará la tierra con fuego, azufre y tiznao.

Creo que he sido descubierto. Desde hace algún tiempo he sido testigo de cómo en los espejos de mi casa aparecía una mancha negra, a la que en un principio no di importancia. Me di cuenta de que estas manchas crecían, y de que en ellas no se reflejaba la luz. Era como si esa oscuridad se la tragase, y me ha parecido ver algo al otro lado. Cuando lean esto ya no estaré entre ustedes. No pienso dejar que me atrapen.

Desde aquí pido perdón a mis hijos y espero que comprendan el por qué de mi abandono. ■





Alberto Muñoz
Carmen Ciudad

De la CIUDAD GULAG a la ciudad orwelliana

Entre las estrategias que utiliza el poder como control de la población, se ha utilizado, además de la muerte y el castigo físico, la depuración y el destierro. O se ha promovido el exilio, tanto exterior, fuera del país, como interior, alejando a las personas de su ciudad de origen y dificultando en su nuevo emplazamiento, en el caso de exiliados o desterrados interiores, las posibilidades de trabajo y relación social al resultar estigmatizados como consecuencia del traslado, bien por ser perdedores en una guerra, casi siempre por sustentar ideas contrarias al régimen político que detenta el poder en ese momento. En la historia más reciente, durante el siglo XIX y buena parte del XX, numerosas personas han sido víctimas de este tratamiento, resultando que la ciudad que nos ocupa ha sido como tantas otras ciudades, ciudad de “acogida forzada” a personas obligadas de alguna manera a residir en ella....

Condenados a vivir en Ciudad Real.

Uno de los condenados al exilio interior, en este caso en su propia ciudad, fue Diego Medrano y Treviño, cuya casa aún permanece milagrosamente en pie en las confluencias de la C/ de Toledo y de la Plazuela de la Merced.

Medrano había sido un valiente miembro del ejército regular durante toda la Guerra de la Independencia, que inició de cadete en Cuenca y finalizó de teniente coronel de Estado Mayor ocupando territorio francés a las órdenes de Wellington; un hombre fuertemente comprometido con las ideas constitucionales entre 1814 y 1820; un Diputado a Cortes por la provincia de La Mancha entre 1820 y 1822; un Jefe político muy activo en Castellón y Jaén entre 1822 y

1823; un ardiente defensor de sus ideas con las armas en la mano y a riesgo de vida frente a los Cien Mil Hijos de San Luis en ese último año y un militar depurado y condenado al ostracismo del exilio interior durante la Década absolutista. Una trayectoria poco común, incluso para aquellos años de cambios violentos y de personajes bien singulares.

Diego Medrano fue Ministro de Interior durante el Gobierno de Martínez de la Rosa, y fue el creador e impulsor de las Cajas de Ahorros en España.

El estado de ánimo de Medrano durante los largos años de su reclusión o arresto domiciliario en Ciudad Real, hasta que en 1832 se le concede el retiro militar, tienen un claro reflejo en un largo escrito que denomina, de modo un tanto jocoso, “Prolegomenon”, (...) lo más interesante del referido libro son las opiniones que Medrano lanza sobre las instituciones del Antiguo Régimen en su “Prolegomenon” o prólogo y que, escrito en tono aparentemente desenfadado, está transido de amargura, de desilusión y de desesperanza. Su edad en esos momentos es de 41 años, se encuentra condenado a la inactividad en ese momento de plenitud, seguramente es rechazado por la sociedad de su tierra natal debido a sus ideas y acciones durante el trienio liberal y, ante el exilio o la muerte de sus compañeros, poco puede esperar del futuro. Mientras escribe en secreto, los movimientos más absolutistas están llevando a cabo una cruel labor de represión en la Mancha y una importante toma de posiciones a favor del Infante Carlos. Fácil resulta entender, en tales circunstancias, la amargura, la desilusión y la desesperanza de sus escritos.

Uno de los mayores esfuerzos de Diego Medrano fue la creación en su ciudad de la Sociedad Económica de Amigos del País de Ciudad Real, como mecanismo para mejorar el nivel técnico, económico y cultural de la ciudad.

En La Mancha estas Sociedades habían arraigado en algunos de sus pueblos más importantes pero en la capital, Ciudad Real, los intentos de su creación chocaron con la falta de interés por parte de las autoridades municipales. Estos antecedentes nos demuestran que también Ciudad Real fue instada por las autoridades ilustradas del momento, como la mayoría de las ciudades españolas, para la creación de una Real Sociedad Económica como instru-

mento para el desarrollo económico y social.

Dada esta situación y conocida por Medrano la importancia que tenía contar con una institución como ésta, promueve su creación en la capital manchega, lo que finalmente logra el 5 de junio de 1834

Las noticias sobre la actividad de la Sociedad Económica de Ciudad Real no son muchas y coinciden con los años de vida de Diego Medrano. Fuera de este periodo, los archivos investigados no han ofrecido informaciones posteriores de ella. Como indica Espadas Burgos, la situación social y cultural de la ciudad seguiría justificando, como a principios de siglo, que no prosperase su Sociedad Económica más allá del periodo indicado.

Finalmente la Sociedad desapareció y con ella lo hizo un meritorio intento de ilustrar en todos los sentidos la capital de la provincia, aún hoy afectada por algunos de aquellos males endémicos. En los logros liberales de su carrera profesional y en sus comprometidas inquietudes intelectuales puede medirse la profundidad de la condena que para él supuso la reclusión obligada en su casa de Ciudad Real. Si el exilio interior pretendía corregir ciertas actitudes y tendencias intelectuales desterrando para ello al condenado a latitudes lejanas en la geografía nacional, en el caso de Medrano sólo bastó confinarlo a su propia casa, calle y ciudad, para garantizar que el ambiente yermo bastaría para que expiara sus culpas.

Otro caso de exilio en Ciudad Real fue el del gran actor Isidoro Máiquez, perseguido por sus ideas liberales en tiempos de Fernando VII. Era uno de los protegidos de la Duquesa de Osuna y gracias a ello debió conocer a Francisco de Goya, quien lo retrató¹. En el mundo teatral es considerado el mejor actor y director de escena de su tiempo. Gracias a la ayuda de Godoy pudo viajar a París, donde aprendió con François Joseph Talma, un actor y renovador de la escena francesa. Posteriormente volvió a Madrid, donde desarrolló su carrera con gran éxito de público y de crítica. Sin embargo sus convicciones liberales le procuraron un destierro que debió ser poco agradable para él, a tenor de una carta de Carlos de España a un amigo:

Las diversiones de esta Capital [Madrid] no son muchas que digamos, el teatro es en la ejecución lo que en el edificio, además el escesivamente alabado Señor Mayquez,

habiéndose insolentado un poco con el Alcalde, diré corregidor de esta villa, en lugar de embiarlo a la cárcel por quince días, lo han desterrado a Ciudad Real, donde en verdad no creo que gane mucho dinero, a no ser que bayle las seguidillas manchegas, (Epístola de Carlos de España a Josep-Fransec Ixart, 22 de Junio de 1819)²

No sabemos si al desterrar a Maiquez a Ciudad Real el alcalde de Madrid lo hacía con ánimo de hacerle la pena más ligera o más severa que la de cárcel.

También fue víctima del destierro en Ciudad Real Víctor Santos Pruneda, fervoroso republicano que desarrolló en Teruel una intensa actividad pública desde el Partido Progresista y como presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País. Al finalizar el Bienio Progresista, en 1856 se vio obligado a exiliarse a Francia. A su regreso fue capturado y deportado a Ciudad Real durante cinco meses. De nuevo es imaginable el golpe moral e intelectual de un progresista e intelectual que nada más llegar de Francia es desterrado a la capital de La Mancha.³

No sólo los liberales y artistas fueron condenados a pasar dolorosas temporadas en Ciudad Real. También algunos miembros de la Iglesia tuvieron semejante condena, aunque con consecuencias más fértiles para ellos. En este sentido, el obispo de Mallorca, Juan Hervás y Benet, impulsor de los Cursillos de cristiandad fue “trasladado” a Ciudad Real:

Tampoco fueron ajenas a Mons. Hervás las críticas, las vejaciones y los dolores a causa de los Cursillos, todo lo cual llegaría incluso a influir en cierta manera más adelante, en su traslado a Ciudad Real.⁴

Por su parte el jesuita ciudadrealeno, Ángel Ayala, fue el impulsor de la Asociación Católica de Propagandistas cuyo rápido éxito le valió ser “desterrado” a Ciudad Real. Después de exclamar:

“¡Dios mío, qué voy a hacer aquí!”, se puso manos a la obra y fundó la casa de los Padres Jesuitas y el Seminario Menor de Ciudad Real.”⁵

A estos sonados ejemplos de exilio interior habría que sumar una larga nómina de desterrados en y a Ciudad Real , que

sufrieron en carne propia la ignorante intolerancia de unos gobiernos espeluznantes. Una lista de condenados al ostracismo entonces y al olvido hoy en la que se pueden encontrar maestros, catedráticos, médicos, escritores, pintores, cineastas, militares, políticos, y un largo etcétera de ciudadanos anónimos.

En este breve recorrido por la historia de algunos exiliados en Ciudad Real puede observarse que la tendencia de los espíritus liberales a marchitarse es inversamente proporcional al fértil resultado obtenido por los espíritus religiosos y conservadores. Sin embargo, en una versión renovada y contraria, el ambiente de la ciudad muerta ha provocado y aún provoca el exilio de personas inquietas (una verdadera fuga de capital intelectual y creativo); o bien su silencio por frustración e indiferencia; o bien el ostracismo oficial al que se somete a determinadas mentes inquietas de la localidad, a favor de un ideario y cultura oficiales que perpetúan una identidad inventada, con aderezos de “modernidad”, y a cuya sombra se cobijan proyectos bonitos, simpáticos creadores y artistas amables.

El modelo actual no es ya el del exilio interior sino el de un exilio endógeno o intraexilio, en la propia ciudad, mediante el diseño intangible de una ciudad concéntrica. El tuétano de la ciudad es ese núcleo invisible conformado por los grupos sociales leales al poder. A su alrededor surge una periferia igualmente intangible que debe ser vigilada para que no perturbe la paz de ese núcleo difuso. De modo que quien no pertenezca a él será un exiliado en su propia ciudad. El actual y demagógico discurso de la integración y cohesión social es una falacia encaminada fundamentalmente a sublimar el discurso de la multiculturalidad. Sin embargo las políticas de integración, sobre todo las de proximidad, van más encaminadas a tolerar que los inmigrantes creen sus propios y diferenciados espa-

cios que a hacerlos partícipes de las decisiones públicas que afectan al interés general. Por esta razón el acercamiento y la integración deben producirse desde la sociedad civil, al margen de las políticas oficiales, y en el ámbito de esa periferia en la que residen aquellos que, aunque naturales de la ciudad, han sido desterrados al extrarradio social. Es en la geografía de los límites donde los individuos marginados comienzan a amalgamarse como ciudadanía.



La muralla que circunda ese núcleo compacto es una construcción cultural, un artificio institucional levantado con la argamasa de una religiosidad funcional y de un folclorismo trasnochado. La muralla es tanto más impenetrable cuanto mayor es la diversidad y densidad de la población periférica. De ahí que las manifestaciones religiosas y folklóricas sirvan para marcar un territorio que se quiere único e inexpugnable. Se trata de manifestaciones cerradas, impermeables a cualquier factor sociocultural exógeno en aras de una ficticia y falsa identidad. “Lo nuestro” debe ser preservado, no por el deseo de conocer los propios orígenes o de preservar un patrimonio intangible, sino con el ánimo de inventarlo y adaptarlo en la medida de lo necesario para conservar el poder de quienes lo ostentan y de perpetuar los privilegios de quienes lo sustentan.

Tecnologías de dominación, el control sobre la población.

El control en la actualidad viene definido no por su acción punitiva directa, no al menos en un primer momento, sino por los mecanismos sociales de que se dota, para después ser reforzado por las propias leyes y procedimientos políti-

cos y administrativos, ya que “las sociedades de control (...) están reemplazando a las sociedades disciplinarias”⁶. Actualmente en las ciudades muertas el poder de control social cada vez se manifiesta de forma mucho más sofisticada, con nuevas tecnologías de dominación que se apoyan en los discursos administrativos sancionados por la ley, como las leyes sobre movilidad en la que destaca el énfasis en vigilar a los peatones soterradamente bajo el discurso de la seguridad; también mediante instalación de dispositivos como las cámaras de video-vigilancia, penetrando en la vida cotidiana de las personas, de manera que la regulación del modo de comportarse en la calle, en los espacios públicos, afecta directamente al control del cuerpo. Es decir, no sólo interesa el control de los medios de producción de significado de que habla Manuel Delgado en estas páginas, sino también interesan y mucho que los cuerpos en las ciudades muertas resulten zombis automatizados, que no desentonen, ni se explayen, que sus movimientos sean de lo más predecible posible, que sus reacciones estén de alguna forma controladas; también de esta forma es más fácil la vigilancia de los distintos itinerarios posibles en la calle, en la plaza, en el espacio público. Si antes el poder se manifestaba abiertamente mediante la tortura o la destrucción del cuerpo para penalizar la disidencia, en la actualidad lo que se requiere es un cuerpo dócil para ir al trabajo, sumiso en la rutina diaria, entregado en la fiesta, de manera que no exista siquiera la posibilidad de disidencia.

Interesa mucho el control y para ello es preciso crear la sensación de pánico, la pesadilla paranoica que hace dudar y pensar que la vigilancia puede estar justificada. Así, en una ciudad en que el delito callejero no constituye un dato espacialmente relevante⁷, se consigue el *efecto duda* al poner el énfasis en los mecanismos-centinela de todo tipo, que se preocupa priorizando sobre otros aspectos que pueden resultar a la larga más comprometidos con el poder, como por ejemplo el estímulo hacia la participación ciudadana, la cultura, o el impulso integrador para con los que vienen de lejos a trabajar y que constituyen una minoría silenciosa porque así también interesa. Por ello esta forma de intervención se justifica en base a una supuesta peligrosidad social que adquiere en la calle su punto de alerta máxima, de manera que al fiscalizarla se consigue un doble efecto: se persigue el delito y se vigilan los comportamientos cotidianos. Tal como señala Salvador Cutiño⁸, se criminalizan actitudes inocuas

para la convivencia cívica o para la libertad social, tales como beber en la calle, arrojar un papel al suelo o pintar en la pared; y se focaliza la delincuencia en colectivos fáciles de identificar: inmigrantes, sin techo, jóvenes, okupas, y personas con aspecto físico e indumentaria disonantes. Sin embargo, frente a esta desproporcionada estigmatización de lo banal, no se considera motivo de alarma social, ni de peligro para la convivencia, el conjunto de delitos de “cuello blanco” cometido en las altas e invisibles esferas del ámbito empresarial, financiero y político.

En la ciudad actual se prima la construcción de un cuerpo narcisista dentro de lo que David Le Bretón denomina una *ideología del cuerpo*, en el que la belleza es un valor en alza que somete porque entretiene, subordinado a un narcisismo que Baudrillard analiza como una herramienta de control social, siendo esto posible debido a la construcción de un nuevo imaginario en el que el cuerpo bello supone una apuesta para un nuevo capital social. Y esto sucede al mismo tiempo que el movimiento del cuerpo en la modernidad se restringe por el uso del automóvil y los distintos instrumentos que rodean a las personas en los trabajos y en las casas, “humanidad urbanizada, humanidad sentada” que dice Virilio, así también la movilidad controlada en los espacios públicos viene a redundar en este problema de construcción del mundo a partir de la vivencia corporal. Inmovilizada, individualizada, con miedo. La ciudad así conformada se convierte así también en una *ciudad terapéutica*⁹, que pone la venda antes que la herida, que medicaliza y regula y utiliza todos los resortes para favorecer prácticas y usos que *privaticen*, es decir, que priven de lo común, satisfecha en ofrecer una vida particular y personal, de cada uno, pero una vida precarizada en la que el verdadero peligro resulta del hecho de perder el control sobre la propia vida porque pueden ir desapareciendo espacios vitales de relación. Correr, saltar, jugar, charlar en grupo en la plaza, en la calle, en los jardines, actividades aparentemente inocentes, pueden generar ciertas expectativas de libertad de acción y pensamiento que el poder no puede consentir.

Richard Sennet habla del *espacio público muerto*¹⁰ como aquel que finalmente ya no tiene sentido para la gente, espacio público abandonado como instrumento de relación social y que se va transformando en un simple resultado del movimiento, de la necesidad de deambular de un sitio a otro emu-

lando los desplazamientos de los automóviles. Sennet utiliza tres argumentos: la calle deviene en un sitio para trasladarse, privando a la gente para ejecutar cualquier otro tipo de acción o relación, por tanto tampoco para dotar al espacio de nuevos significados que no sean los de movilidad y propiciando por tanto un mayor aislamiento social que se acrecienta por la mayor visibilidad a que uno se expone por parte de los demás en el espacio público muerto. Para ello sólo es necesario articular procedimientos de control y estrategias que sean eficaces a tal fin.

Cutiño Raya, señala que “en nuestro Estado un medio que se está usando en los últimos años para estas políticas de control social son las ordenanzas municipales (...). Se trata de retirar de la vista de los ciudadanos honrados, estos comportamientos molestos, incívicos o simplemente poco atractivos estéticamente”. En este sentido, Sozzo, apunta que estas “políticas de seguridad ciudadana” pueden estar fundamentadas en alguna de estas tres estrategias¹¹:

Estrategia positivista, que pretende abordar las desigualdades urbanas existentes por medio de mecanismos de reforma social (empleo, educación, cultura, ingresos...).

Estrategia ambiental, que pretende reducir las ocasiones de cometer delitos.

Estrategia comunitaria, que combinando las dos anteriores intenta prevenir los delitos mediante la participación social.

Al servicio de tales políticas han surgido a lo largo de la última mitad del siglo XX diferentes posicionamientos académicos, fundamentalmente en la Escuela de Chicago, que analizan de qué manera la construcción y configuración urbana puede o debe estar al servicio de la seguridad ciudadana. Para Jane Jacobs el control informal depende en gran medida de la permanencia de gente en los lugares a vigilar, de manera que para hacer ciudades más seguras hay que diversificar los usos del suelo urbano, promoviendo mayor actividad en la calle, estimulando la creación de controles informales y creando mayores posibilidades de vigilancia de los espacios públicos. “Se trata de conjugar la actividad vecinal natural con las posibilidades de observación. Jacobs sugiere que los lugares sean transitados y usados, que no se alejen del bullicio callejero, de la posibilidad de que un observador “accidental” actúe frente al delito que se está cometien-

do. Desde su particular punto de vista, la seguridad en los espacios urbanos tiene relación con la posibilidad de contacto y de creación de vínculos de confianza entre las distintas comunidades urbanas.” Un paso más lo da el arquitecto Oscar Newman quien define el concepto de “espacio defendible” como “modelo para ambientes residenciales que inhibe el crimen creando la expresión física de un tejido social que se defiende a sí mismo”¹².

Las ideas de Jacobs y de Newman cimientan y robustecen la metodología CPTED (Prevención del crimen a través del diseño ambiental) desarrollada por el criminólogo estadounidense Clarence Ray Jeffery en los años setenta. Su idea fundamental es que el ambiente físico y social urbano puede favorecer los delitos, por lo que se propone invertir el proceso habitual de planificación urbana, es decir, proponer primero el diseño de forma segura y construir después. Algo semejante a lo que supone al proceso de diseño y construcción de una cárcel o recinto penitenciario.

La metodología CPTED engloba cuatro conceptos básicos encaminados a reducir las ocasiones de delito y el miedo ciudadano, y que se postulan como principios que deben inspirar el diseño urbano¹³ :

La vigilancia natural, orientada a aumentar la oportunidad de ver y ser visto dentro de un espacio urbano concreto (...) a través de la mejora de las perspectivas de visión, iluminación y usos adyacentes compatibles.

El refuerzo territorial. (...) enfocado en los lazos afectivos que establecen sus habitantes con el entorno ambiental más próximo (...) por medio del apego emocional y a reforzar el sentido de pertenencia al lugar.

El mantenimiento de los espacios públicos, basado fundamentalmente en la creciente privatización del espacio público. Baste un simple ejemplo para ilustrar el fenómeno, los grandes centros comerciales (malls, según la denominación anglosajona) metropolitanos reúnen hoy una parte importante de las actividades (ocio, cultura, venta, semideporte, comercio,...) que en el pasado realizáramos en espacios nitidamente públicos; sin embargo no debemos olvidar que la mayor parte de estos nuevos espacios son de titularidad privada. Su potencialidad a la hora de fidelizarnos y atraernos hacia la vorágine consu-

mista nos está desplazando de los espacios verdaderamente públicos (plazas, calles comerciales, centros culturales y deportivos públicos, etc.) y nos aproxima, cada vez más, a esos otros privados, por lo que muchas administraciones están abandonándolos, o en el mejor de los casos reduciendo sus inversiones. Todo ello trae la consecuente generación de importantes déficits (de control natural de accesos, de vigilancia natural, o de refuerzo territorial) en muchos de los espacios públicos que en el pasado fueron hitos relevantes del fenómeno urbano. Cuando para los transeúntes se hace difícil reconocer la titularidad pública o privada de los lugares, se debe en gran medida a que el dominio privado se cierra de un modo cortante y excluyente sobre el dominio público. Y por esa razón se reducen los itinerarios cortos, especialmente aquellos que son exteriores a la vivienda propia y a los espacios públicos y se incrementan los trayectos largos, que trascienden al ámbito del hogar o del barrio, fundamentalmente por espacios privados. El buen uso y el orden de los diversos espacios públicos de la ciudad, y por lo tanto su mantenimiento, corresponde a los gobiernos y administraciones locales, aunque de un modo complementario la responsabilidad de su cuidado recae en la comunidad que hace uso de ellos, y por lo tanto en los individuos que la integran.

La participación comunitaria. Es otro de los aspectos ineludibles en las estrategias de prevención del crimen a través del diseño ambiental. Sin la incorporación genérica

de la comunidad, y de los individuos que la configuran, en particular, no hay garantías de asegurar el éxito de esta estrategia participativa. Dicha componente es determinante a la hora de aplicar los diferentes tipos de estrategias preventivas en los momentos de diseño, ejecución y evaluación de los espacios públicos de riesgo.

Estos diagnósticos elaborados por los ciudadanos son fundamentales por la razón de que son precisamente ellos, los que conocen las zonas de mayor inseguridad y riesgo, las posibles necesidades que deben arbitrarse, y sin ellos, además, es imposible el refuerzo de los lazos afectivos con el territorio. La incorporación del ciudadano a las tareas de seguridad permite hablar de la necesidad de coproducir seguridad entre todos los actores involucrados (Smith, 1986). Esta práctica requiere un énfasis en la participación comunitaria de los ciudadanos, y por ello, la colectividad está, hoy día, en el centro de toda acción eficaz de prevención de la criminalidad. Son las personas que viven, se desplazan, trabajan en la comunidad, quienes mejor comprenden los recursos, los problemas, las necesidades específicas y las capacidades de su entorno. Este nuevo polo de atención implica buscar formas y mecanismos adecuados de cómo incorporar a la comunidad, y por otro lado de cuándo hacerlo; en otras palabras, en qué instancias la comunidad puede desempeñar un rol y cuáles son las otras instituciones y organismos llamados a hacer frente a la seguridad.

No se quiere aquí sugerir que la política de seguridad ciudadana del Ayuntamiento de Ciudad Real tengan una base epistémica inspirada en la Escuela de Chicago, ni que los



pronunciamientos normativos que ordenan la movilidad urbana de la ciudad sean la consecuencia de un Marco conceptual deudor de la Metodología CPTED de Jeffery. No creemos siquiera que esta concreta acción municipal responda a un criterio predeterminado, sino más bien a esa inercia común existente en nuestro país de hacer las cosas sin un análisis previo, sin una razón clara y sin unos objetivos definidos. Sin embargo, los efectos de tales decisiones no son, ni mucho menos, inocentes. Los responsables políticos que aprueban este tipo de ordenanzas, y las sanciones en ellas contenidas, son los mismos que aseguran que éstas no se aplicarán, o los mismos que no tienen el más mínimo inconveniente en modificarlas e interpretarlas a su antojo. Con ello no sólo consiguen, como subproducto de todo el proceso, ofrecer una imagen de arbitrariedad y de descrédito de lo político, sino que, con independencia del motivo inicial de su acción, no han conseguido evitar que lo peor del espíritu de la norma se propague por toda la ciudad.

En muchas ocasiones, como en el caso actual de nuestra ciudad, la aprobación de ordenanzas sobre movilidad se hace sin un análisis previo de las características propias de la misma. Constituyen disposiciones elaboradas con un simple copiar-y-pegar a partir de ordenanzas de otras localidades. Se aprueban con la vaga y vacía idea de crear una ciudad amable sin que nadie sepa exactamente qué es eso; o con la pretensión de evitar molestias a los viandantes, sin que nadie se haya preocupado por averiguar qué molesta realmente a los no-ciudadanos. En definitiva, su contenido es tan vago y ambiguo, y regula aspectos tan de sentido común que su redacción parece innecesaria. La única razón aparente de unos preceptos tan difusos es quizás la de disponer de un marco lo suficientemente abstracto como para sancionar lo que convenga en cada caso. De ahí la manifiesta reiteración de los representantes consistoriales de que no se va a multar a nadie, de lo que surge la pregunta: ¿para qué entonces una ordenanza de esas características? Sin duda, para tenerla en el cajón hasta que sea conveniente. Se aplicará entonces dependiendo de los casos, dependiendo del tipo de molestia, y dependiendo finalmente de a quiénes se moleste. En este sentido puede entrecruzarse una finalidad más vinculada al control social que a la de garantizar la ordenación cívica de la ciudad. La motivación municipal no está orientada a lograr un civismo efectivo, es decir, el que empieza por garantizar una participación efectiva en los asuntos públicos de la ciudad; sino que directamente se dirige a regular cómo el no-ciudadano debe conducirse por la calle.

Si el futuro de la ordenanza es incierto, las campañas municipales dirigidas a instalar en el subconsciente colectivo ideas como “Ciudad Real te enamora” o “Ciudad Realmente amable” son recurrentes y ayudan a consolidar el principio de refuerzo territorial de Jeffery, ya que pretenden crear un vínculo afectivo entre la ciudad y sus habitantes, para que de ese modo sientan como propia cualquier agresión que ésta pueda sufrir. Con ello se obvia el propio daño que las Administraciones han realizado y siguen realizando al Patrimonio Histórico Artístico de la ciudad, verdadero legado de los ciudadanos, que es destruido sin el más mínimo reparo. Por otro lado los propios no-ciudadanos se convierten en vigilantes de sus convecinos, y ya se prodigan en la calle comentarios sobre que tal o cual acción está prohibida, y amenazas, medio en broma medio en serio, de que tal acción podría ser denunciada a la policía. Con ello se refuerza el principio de participación comunitaria de Jeffery. Para que tal principio sea efectivo es preciso una condición previa: la fragmentación social. Es decir, que existan grupos contrarios en cuyas diferencias, más que en las posibles molestias reales, podría residir el germen de una denuncia. A tal fragmentación ha ayudado igualmente la política municipal, ocupada durante lustros en otorgar privilegios a sus grupos de interés (ubicados en el núcleo de la ciudad concéntrica) y marginando a una inmensa minoría (exiliada en la periferia inmaterial de la ciudad concéntrica). Por todo ello, cabe reiterar que no todo ha sido ruido en el proceso de aprobación y reprobación de la Ordenanza; en el fondo queda una tendencia al recelo y a la vigilancia comunal, al margen de la efectividad real de la norma o de las cámaras televigilantes.

Otra forma de manipular a los no-ciudadanos es controlando la información, de ahí que los esfuerzos por ocultarla, tergiversarla o no hacerla pública, sean una herramienta eficaz y de largo recorrido en Ciudad Real. La existencia de una Televisión municipal pública, de su web, y de su gabinete de prensa, lejos de mejorar o fortalecer a los no-ciudadanos, los hace más vulnerables en la medida en la que tales medios presentan una realidad irreal, sectaria, sesgada y propia de otros tiempos. Unos medios que presentan una divertida y amena crónica de los periplos del partido gobernante, de las procesiones o de las comparsas camavaleras, convirtiéndose así, más que en una Televisión pública, en un Canal Temático; un híbrido entre Disney Channel y Canal Nostalgia. Se sustituye la retransmisión en directo de los plenos municipales por comparencias que ofrecen la digestión de las decisiones públicas, sin que sea posible conocer

en directo los debates que las preceden. En el ámbito cultural es prácticamente imposible conocer las razones objetivas y de interés general que justifican determinadas decisiones de política cultural. La falta de información limita y condiciona la participación de los ciudadanos en la vida pública, objetivo claramente determinado por este Ayuntamiento. De ahí que la desinformación sea una premisa para el control de los no-ciudadanos, quienes embriagados por informaciones tergiversadas y por datos indisponibles, no tienen más remedio que desistir de su responsabilidad cívica y preocuparse exclusivamente de deambular con orden por las calles y de comprar prendas en los modernos establecimientos de la ciudad.

Conclusión.

Se puede hablar de una recomposición del paisaje tanto físico como mental e imaginario de las personas que habitan en las ciudades muertas, en las ciudades en las que queda supeditada a la seguridad cualquier otra función: la ciudad, que antes ha sido un espacio teatral, un ágora, un foro, un espacio público en el que reunirse, dicha ciudad cambia por la seguridad los dispositivos tele; ciudades por tanto virtuales más que reales también por el miedo, que se olvidan de la sostenibilidad, la ética ecológica, que no imbrican ni transversalizan la solidaridad, que no tienen en cuenta el mestizaje y los fenómenos de transculturación; tampoco la autonomía y participación ciudadana en los problemas colectivos.

En la ciudad muerta, en la que se van dando pequeños pasos en y hacia el olvido de temas como la potenciación del transporte público, el estímulo de la utilización de medios alternativos de transporte como la bicicleta; los problemas ecológicos no contemplados en el diseño y construcción urbanos; las dificultades en la independencia de los medios de comunicación (etc, etc...).

En definitiva, los efectos del control social generan un nuevo ciudadano (el no-ciudadano) despolitizado, es decir, aberrante, a quien se le impide participar en la vida pública, a quien se le dificulta el acceso a la información necesaria para madurar sus ideas, a quien se le incapacita para tomar decisiones sobre qué ciudad quiere para el futuro, a quien, en definitiva, se le atrofia esa dimensión política que construye su faceta ciudadana. Por eso el ciudadano es un individuo arrinconado e incompleto, privado de una cualidad imprescindible para su plena socialización e implicación política, y por tanto es un individuo que no puede ser libre. En el exilio

interior el individuo conocía expresamente que estaba condenado, sabía o intuía el motivo de su condena, así como el lugar en el que habría de expiar sus culpas. Había pena sin engaño. En el intraexilio moderno de Ciudad Real, nadie es abiertamente condenado a nada, a todos se les reconocen derechos y libertades, todos son ciudadanos y ciudadanas en una ciudad de oportunidades, moderna y de vanguardia, una ciudad amable y acogedora diseñada con espíritu orwelliano para hacer imposible el ejercicio de una ciudadanía completa, y por tanto una ciudad en la que sus habitantes están condenados, por voluntad administrativa, a no ser plenamente libres. ■

1. El cuadro puede verse en:

http://www.museosdemurcia.com/depdidactico/retrato_espanol.pdf

2. Rovira i Gómez, S.J.: *Epistolari Carlos de España – Josep Frances Ixart i Pi* (1819-1820), en *Quaderns d'història tarraconense*. 1987

3. Referencia: <http://www.iesvegadelturia.es/pruneda/quinfue.htm>

4. Fortez Pujol, F.: *Historia y Memoria de Cursillos*. Fundación Eduardo Bonín. 1992

5. Referencia:

<http://www.acdp.es/Portals/9/documentos/Bolet%20C3%ADn%20ACdP%201120%20-dic-ene%202008..pdf>

6. Deleuze, G.: Postscriptum a *Las sociedades de control*

7. Datos a partir del documento *Evolución de la criminalidad. Ámbito de actuación de la Policía y Guardia civil. Balance 2008*. Secretaría de Estado para la Seguridad del Ministerio del Interior

(http://www.mir.es/DGRIS/Notas_Prensa/PDF_notas_de_prensa/2009/Balance_2008_criminalidad_Comision_Interior.pdf)

8. Cutiño Raya, Salvador: "Criminalización de la pobreza y de los movimientos sociales" en *Violencia y salud mental. Salud mental y violencias institucional, estructural, social y colectiva*. 2009

9. Revista de Espai en Blanc nº 3-4: *La sociedad terapéutica. Materiales para la subversión de la vida*. Bellaterra. Barcelona (2008)

10. Richard Sennet. *El declive del hombre público*. Ed. Península. Barcelona (1978)

11. Sozzo, M.: "Seguridad urbana y tácticas para la prevención del delito", en *Seguridad ciudadana: experiencias y desafíos* (2004)

12. Hernando Sanz, F.: *La seguridad en las ciudades: El nuevo enfoque de la geoprevención* (<http://www.ub.es/geocrit/-xcol/413.htm>)

13. Se sigue la exposición de Hernando Sanz:

<http://www.ub.es/geocrit/-xcol/413.htm>

Incivismo de altos vuelos

Extracto del libro *La destrucción del legado urbanístico español*, de Fernando Chueca Goitia, Espasa-Calpe, Madrid, 1978

Arquitecto e historiador, Fernando Chueca Goitia (1912-2004), fue miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Historia, Presidente del Instituto de España entre 1978 y 1986 y Decano del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid entre 1999 y 2002. En 1978 elaboró un ranking entre las capitales de provincia españolas, clasificándolas de acuerdo a su grado de deterioro urbanístico. A continuación reproducimos las líneas que en ese estudio dedicó a Ciudad Real, que obtuvo, ya en esas fechas, la peor calificación.■

CIUDAD REAL

Fundada con el nombre de Villa Real por Alfonso X el Sabio en 1255 para servir de centro poderoso que asegurase las comunicaciones entre Toledo y Andalucía, nunca llegó a ser una gran ciudad monumental y en este aspecto otras muchas de La Mancha le superan. Sin embargo, tenía en su modestia una cierta dignidad como pueblo ancho, llano, de calles rectas y edificios de dos o tres plantas. En Ciudad Real no sólo se ha destruido esto, sino que se va camino de destruir el propio trazado medieval, triturado por los cambios de alineación municipales.

Es una de las capitales que más pueden entristecer al viandante, todo cruje, todo está fuera de su sitio, todo es de pésimo gusto, hasta los quijotes que adornan sus placas y que parecen muñecos o caricaturas.

En Ciudad Real los edificios públicos, recientemente construidos, constituyen un catálogo de horrores arquitectónicos y por supuesto son de desaforada altura. No sabemos con cuál quedarnos: si con la Delegación del Ministerio de Información y Turismo, si con la Organización Sindical, la Escuela de Artes y Oficios o el Gobierno Civil. A esto se añaden los bancos, las Cajas Rurales o de Ronda con edificios de 12 y 13 plantas en plazas angostas como la de Cervantes, monstruos que abruman alguna que otra casa de dos plantas que por milagro subsisten y que todavía están pregonando un nivel cultural muy superior al de sus enfáticos vecinos.

El único remanso urbano que quedaba, la plaza del Ayuntamiento, con sus sencillas casas porticadas y su Consistorio neoclásico, se ha destruido también recien-

temente con una pirueta arquitectónica incomprensible: el nuevo Ayuntamiento. Que la posteridad lo juzgue.

Grado de deterioro urbanístico: Gravísimo
Índice: 10

Capitales	Índice de deterioro urbanístico		
Pamplona	1	La Coruña	6
Toledo	1	Huelva	6
San Sebastián	1	León	6
Ávila	2	Madrid	6
Cáceres	2	Tarragona	6
Gerona	2	Teruel	6
Palma de Mallorca	2	Granada	7
Santander	2	Jaén	7
Segovia	2	Logroño	7
Vitoria	2	Lugo	7
Barcelona	3	Málaga	7
Cádiz	3	Zaragoza	7
Cuenca	3	Alicante	8
Huesca	3	Palencia	8
Sevilla	3	Zamora	8
Orense	4	Almería	9
Pontevedra	4	Badajoz	9
Salamanca	4	Castellón	
Bilbao	5	de la Plana	9
Burgos	5	Lérida	9
Córdoba	5	Murcia	9
Oviedo	5	Valladolid	9
Las Palmas		Albacete	10
de Gran Canaria	5	Ciudad Real	10
S. Cruz de Tenerife	5	Guadalajara	10
Valencia	5	Soria	10

¡Los pasatiempos de Autopsia!

¿ES USTED REALMENTE AMABLE?

¡Lector! En estos tiempos en los que complicadas ordenanzas municipales rigen nuestras vidas en un lenguaje técnico del todo indescifrable, no siempre resulta fácil saber si vive usted en armonía con la ciudad que tanto le enamora, de noche y de día. ¿Es usted Realmente Amable? Autopsia le permitirá averiguarlo con el test que encontrará a continuación; ¡Asocie cada una de las siguientes conductas con la valoración que considere más adecuada, y calcule el revelador resultado! ■

- a) Multa de 75€ b) Amable c) Realmente Amable
- 8. Inventar un régimen de “protección municipal” de vivienda y comprarse dos pisos a mitad de precio siendo alcalde**
a) Multa de 75€ b) Amable c) Dentro de la más estricta legalidad
- 9. No respetar el peatón la luz del semáforo**
a) Multa de 100 € b) Amable c) Realmente Amable
- 10. Conceder subvenciones sin convocatoria pública, o a una asociación presidida por un concejal**
a) Multa de 100 € b) Amable c) Dentro de la más estricta legalidad
- 11. Circular peatón por calzada, existiendo zonas habilitadas para ellos.**
a) Multa de 60 € b) Amable c) Realmente Amable
- 12. Impedir que los Plenos del Ayuntamiento sean emitidos en la televisión municipal.**
a) Multa de 100 € b) Amable c) Realmente amable

Soluciones: 1a, 2b, 3a, 4c, 5a, 6c, 7a, 8c, 9a, 10c, 11a, 12c. Suma 1 punto por cada respuesta correcta. Si tiene usted 12 puntos: ¡enhorabuena! es usted un vecino Realmente Amable! Por debajo de 10, es usted un antisistema inadaptado y resentido: ¡vuelva a realizar el test hasta obtener los resultados deseados.!

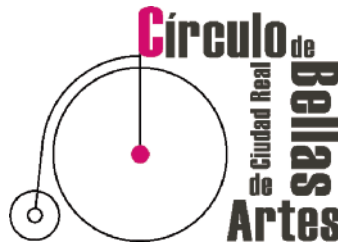


Test de Amabilidad Real:

- 1. Arrojar una servilleta al suelo**
a) multa de 750 € b) amable c) Realmente Amable
- 2. Clavar clavos en la Puerta de Toledo para colgar luces de Navidad**
a) Amable b) Realmente Amable c) dentro de la más estricta legalidad
- 3. “Correr o saltar el peatón por la vía pública”**
a) Multa de 75€ b) Amable c) Realmente Amable
- 4. Demoler el Palacete de la Cruz Roja**
a) Multa de 75€ b) Amable c) Dentro de la más estricta legalidad
- 5. Formar un grupo en la vía que entorpece la circulación**
a) Multa de 75€ b) Amable c) Realmente amable
- 6. Cobrarle a una ONG por realizar un acto en la Plaza Mayor aplicándole la tasa de barracas y verbenas**
a) Multa de 75€ b) Amable c) Realmente amable
- 7. Circular con bicicleta por aceras, andenes o paseos sin tener un carril reservado expresamente**



Asociación Cultural **Dimes y Diretes**



Colaboran:

Facultad de Letras de Ciudad Real

Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Ciudad Real

Vicerrectorado de Cooperación Cultural y del Campus de Ciudad Real

Envía tus

- artículos
 - fotografías
 - diseños y fotomontajes
 - ideas
 - opiniones e improperios
- a la dirección:

revista@circulodebellasartes.org

Próximamente también en marcha:

<http://revistaautopsia.blogspot.com>